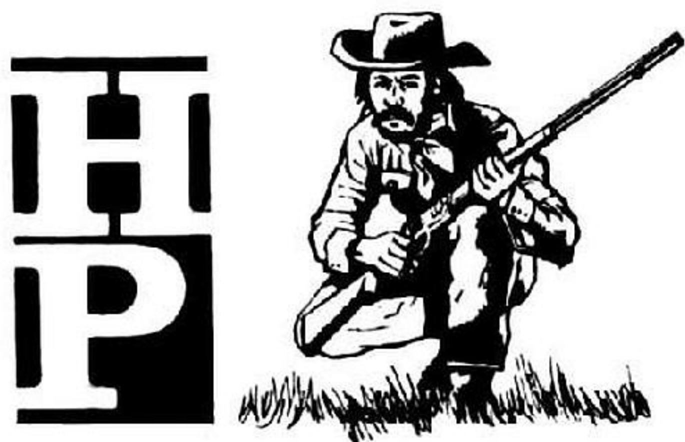


Keith Luger

MURIERON DE DOS EN DOS



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

MURIERON DE DOS EN DOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 556
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 19948-1980

Impreso en España -Printed in Spain

3ª edición: agosto, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Jess Farwell se despertó bruscamente cuando el carromato dio la sacudida al encontrar el bache. El instinto le hizo correr rápidamente la mano hacia, el revólver. Se asomó, por la rendija, que había entre las dos tablas y vio las anchas espaldas del individuo del pescante, que empezaba a soltar una sarta de denuestos dedicada al tronco de caballos.

Jess respiró con fuerza, buscó el hueco hecho por el cuerpo en la paja y se acomodó con los brazos cruzados bajo la nuca.

Unos, minutos después, el traqueteo, del vehículo le produjo somnolencia, y entornó, nuevamente los párpados. Llevaría un par de horas de camino, a juzgar por el fuerte canto de las cigarras, que anunciaban la hora más calurosa del día. El viento, ardiente y seco que bajaba de las montañas Guadalupe se colaba por entre las tablas mal ajustadas, y Jess sentía sobre el tórax la camisa enjuta y acartonada, que aumentaba la sensación de estar cociéndose lentamente en un horno. Humedecía los labios constantemente y al momento los notaba resecos e insensibles, como si no fuesen suyos Pero había encontrado un truco Consistía en colocarse el sombrero apretado contra la cara. El vaho, del aliento se volvía a mezclar con el aire que respiraba y de este modo todo era más soportable.

Se sintió otra vez invadido por el sueño y relajó piernas y brazos, dispuesto a dormir.

Fue entonces cuando oyó, por encima del traqueteo, el galope de un tropel de caballos, que iba en aumento a medida que se acercaba.

Jess se volvió de medio lado y los vio por el intersticio. Eran cinco jinetes agazapados sobre las monturas, y se dirigían sesgadamente a través de los matorrales, para salir al paso del

carromato.

El hombre del pescante lanzó una voz a los animales que guiaba y consiguió detenerlos medio minuto después de verdaderos esfuerzos.

—¿Cuánto tiempo lleva por este camino, buen hombre? —indagó el jinete detenido más cerca del tronco de caballos.

El hombre del pescante escupió con fuerza para librarse del polvo pegado a los labios y contestó:

—Llevo unas cinco horas, inspector. ¿Ocurre algo?

—¿De dónde viene usted?

—Desde San Hermenegildo. Me dedico a vender partidas de cazuelas y otros objetos de barro cocido. Soy Cecil Budries.

—Vamos buscando a un individuo.

—¿Quién es el tipo, inspector?

El caballo que montaba el inspector soltó un relincho.

—Se trata de un hombre que viaja a pie.

—He visto a dos sujetos hace media hora —comunicó Budries.

—¿Qué aspecto tenían?

—El uno era viejo, con barba blanca. El otro, grueso y bastante más joven. Es raro que alguien vaya a pie por estos andurriales.

—El hombre que buscamos es joven Tendrá unos veintiocho años, está más allá del metro ochenta, y pesará unos noventa kilos.

Budries meneó la cabeza.

—Inflemos, ese tipo no me suena.

—¿Está seguro, Budries?

—Seguro, inspector Podría incluso jurarlo. ¿Qué ha hecho el fulano?

—Es de cuidado, Budries Tenga los ojos bien abiertos, por si acaso.

Cecil lanzó una maldición dedicada al inquieto tronco de caballos y dijo:

—Para tener a cinco rurales a las espaldas, debe serlo. ¿Algún asaltante? Sé que más de uno merodea por estas zonas.

El inspector acercó la montura al pescante y Jess Farwell pudo ver sus grises ojos contraídos y la mandíbula apretada.

—Tenemos que atrapar a ese hombre por encima de todo —dijo —. Si le ve, puede avisarnos en Powerville. Haremos un alto allí antes de volver al campamento Norte.

—Descuide, inspector. Estaré bien despierto.

El interlocutor de Cecil volvió la cabeza hacia el agente que se hallaba más cerca de la parte trasera del vehículo.

—Echa un vistazo, Bill. Nunca está de más.

El jinete rodeó el vehículo.

—¿Saben cómo se llama el forajido, inspector? —preguntó Cecil.

—Su verdadero nombre es Jess Farwell, aunque utiliza los que más le convienen. No se fíe de nadie con las señas personales que le hemos dado.

—Está bien, inspector.

El jinete mandado por el jefe volvió al lado de éste.

—Todo en orden, señor.

El hombre de los ojos grises los clavó, de nuevo en el rostro de Cecil.

—Tenga un rifle a punto.

Budries rió, palmeando la culata del «Winchester».

—Nunca, me despego de él cuando cruzo este camino.

Los jinetes se apartaron a una señal del que les mandaba quien se llevó dos dados al ala del sombrero en un saludo marcial.

—¡Hasta la vista y buena, suerte, inspector! —Correspondió Cecil.

Los rurales volvieron grupas, y se alejaron a trote ligero.

Cecil Budries tiró de la palanca del arma y metió una bala en la recámara.

Luego, la instaló a su lado, y manejando las riendas, vociferó un chorro de maldiciones que pusieron en marcha el tronco de bestias.

Jess salió del revoltijo de paja y acudió a la rendija.

Sus negras pupilas se contrajeron, al ver perderse en el horizonte al grupo de jinetes que dejaron por todo rastro una espesa nube de polvo: flotando en el aire.

El hombre del pescante hizo restallar el látigo por encima de las cabezas de los caballos, y el vehículo chirrió en los ejes.

Jess apretó los dientes al sentir en el cuerpo el estremecimiento de la madera, pero por fortuna, a los pocos minutos, rodaron sobre un camino de polvo que amortiguó las sacudidas y restableció el soportable traqueteo.

Budries volvió la cabeza, a medias.

—Quédese donde está: y no trate de asomar la cabeza —dijo por

la comisura de la boca.

Jess se incorporó y colocóse junto a la lona que le separaba de Cecil.

—¿Por qué lo ha hecho?

Budries escupió hacia el camino.

—¿El qué?

—Usted sabe lo que quiero decir. No hace falta que le diga que me llamo Jess Farwell.

—No. No hace falta.

—A los rurales no les hubiera gustado descubrir que mentía.

—Seguro —Budries chascó la lengua para animar a los caballos —. ¿Cómo se las arregló para que no le viera el agente?

—Si se lo dijera no me creería.

—Usted es un tipo con buena estrella, amigo. Empezó su racha, cuando me encontró en el despoblado a unas horas que no viajaba nadie. Después, ha estado a dos, palmos de los hombres que le buscaban y se ha hecho invisible. Lo que le digo, un tipo con suerte.

—Tal vez —Jess sacudió las pajas adheridas a la camisa.

—Cuando lo recogí me di cuenta enseguida de que iba huyendo de alguien. Ese cuento que me largó del caballo con la pata rota no coló, amigo.

—Usted tiene vista, Budries.

Cecil rió para su coleto.

—Me di cuenta de que llevaba bastante tiempo a pie. Los jinetes que pierden el caballo siempre recogen la silla. Sencillo, amigo.

Los dos hombres guardaron silencio un rato.

—Es posible que vuelvan a salimos al paso —rompió la pausa Budries—. Los rurales se las saben todas y, al no encontrarlo, querrán darme otro repaso Por eso le digo que no asome las narices.

—Permaneceré aquí.

—¿Tiene alguna idea de dónde va a ir?

—Pensé en esa ruta que pasa por Powerville —contestó Jess—. Pero recuerdo que allí tiene que rendir otro informe al inspector.

—Eso tiene arreglo, amigo.

—¿Sí?

Budries tosió con fuerza.

—No tengo ningún interés en pasar por Powerville Puedo alejarme un par de millas y en paz Hasta es posible que llegue antes

a casa.

—Me apearé en cuanto usted lo diga, Budries —dijo Jess—. No es necesario que se exponga más, después de lo que ha hecho.

—Los rurales no me gustan —Budries lanzó una maldición al caballo de la derecha—. Y tampoco me gusta meterme en asuntos ajenos. ¿Está claro, amigo?

—Sí.

En aquel momento remontaron un camino y Budries se puso en pie en el pescante, estimulando al tronco con exclamaciones. El látigo chascó varias veces violentamente y el resultado fue que los animales llegaron arriba de la loma a la misma velocidad que por el camino horizontal.

Jess observó al hombre por un roto de la lona.

Cecil Budries estaría cerca de los cuarenta años, era de estatura mediana, de fuertes hombros y poderosa cabeza, de facciones llenas Tenía las cejas y los párpados blanqueados por el polvo. De perfil, presentaba una nariz achatada. Llevaría unos tres días sin afeitar.

—Este trozo de camino será más suave que el que hemos atravesado. Si tiene ganas, puede echarse en la paja. Durmiendo, el camino se le hará corto.

—Está bien —Farwell se tendió nuevamente en el lecho de paja.

—Si les oye venir otra vez no se mueva y trate de arreglárselas como pueda, sin meterme en líos Yo no sé qué, está ahí.

—De acuerdo. He aparecido aquí por arte de magia —repuso Jess.

El vehículo aumentó la velocidad y al mismo tiempo los ruidos de tablas se elevaron de tono. El aire parecía cambiar de dirección y era menos seco y sofocante Jess notó con cierta satisfacción que rompía a sudar Budries alargó el brazo y le pasó en silencio una botella oblonga que contenía *whisky* Jess se la devolvió dando las gracias y a partir de entonces pasó largo rato sin que se dirigieran la palabra.

Quince minutos más tarde, el vehículo tuvo que aminorar la marcha a causa de lo accidentado del camino. Atravesaban una región donde menudeaban las rocas grandes y apiñadas. El carromato serpenteó por una senda que dejaban las piedras y en más de una ocasión los cubos de las ruedas rasparon los obstáculos.

—¡Arriba las manos, viajero! —dijo de pronto una voz

enronquecida a un costado del vehículo.

Budries soltó una imprecación y se inclinó sobre el rifle.

Un seco estampido brotó del otro lado y Cecil lanzó un grito.

—Vuelva a tocar el rifle y le vuelo la cabeza —advirtió la misma voz que había dado el alto.

Jess atisbo desde dentro del carro a tres hombres de aspecto desastrado que convergían hacia el pescante con las armas en la diestra.

Cecil tenía las manos por encima de la cabeza, sin dejar de soltar una serie de maldiciones entre dientes.

—Bueno, viajero —empezó a decir el que llevaba la voz cantante—. Ya puede indicarnos dónde tiene escondida la pasta.

—¡No tengo un cochino centavo! —exclamó Cecil.

El hombre a quien hablaba se le acercó con la cara afeada por una sonrisa de través.

—Mire, amigo. Si no le hemos matado a la primera ha sido porque no queremos perder tiempo en registrar el carro de arriba abajo para encontrar su dinero. ¿Entiende? Si quiere seguir el viaje con buena salud, díganos dónde tiene los billetes y todos saldremos ganando.

—¡Sólo tengo cinco dólares! —protestó Budries, escupiendo con fuerza.

Un tipo de nariz aguileña se acercó a quien les dirigía.

—El mismo cuento de siempre, Ted Parece que se lo digan unos a otros.

—Sí —gruñó Ted—. ¿Te das cuenta cómo la gente se empeña en que la maten? Luego dicen que eres un asesino ¡Infiernos, si lo piden ellos mismos!

—Es que prefieren la muerte antes que verse despojados. Eso es lo que pasa, Ted.

—Pues en este caso, voy a cambiar de táctica —gruñó Ted, mientras se hurgaba las narices—. ¿Lo oyes, viajero? Vamos a registrarlo todo palmo a palmo y cuando hayamos encontrado el dinero, te dejaremos con una bala en la barriga para que rumies el disgusto bastante rato antes de morir.

Cecil resolló con fuerza.

—¡Bien, señores! ¡Me rindo les daré los veinte dólares que llevo y en paz!

Ted soltó una risita. Luego, guiñó un ojo al viajero.

—No cuela, amigo. Lo queremos todo.

—¡Es lo único que llevo!

—No, amigo —Ted sacudió la cabeza, admonitorio—. La mentira es una cosa muy fea Te vimos ayer con este cachivache lleno de ollas y otras cosillas que se venden bien por el Este. Por lo que vemos, has liquidado toda la mercancía ¡Infiernos, lo menos llevarás cincuenta pavos!

El tercer hombre se mantenía mudo y Ted le indicó una ojeada y ordenó:

—Empieza a mirar ahí dentro, Jim Y tú, Max, entretente con la caja de herramientas. Lo suelen esconder ahí casi siempre.

Los dos hombres a las órdenes de Ted se dispusieron a realizar el trabajo.

Max, el tipo de la nariz aguileña, empujó a Cecil hacia un lado y metió la cabeza en el hueco que dejaba el asiento del pescante, revolviendo las herramientas y tirando al suelo lo que estorbaba para el registro.

Ted volvió a reír.

—Hubiéramos seguido otro plan, de no ser tan mentiroso, viajero.

—¿Qué plan? —barbotó Cecil, lleno de indignación.

—Habrías llegado entero a casa y es posible que te hubiéramos dejado unos dólares para cubrir los gastos.

—Un tipo de buen corazón —gruñó Cecil.

Ted arqueó las cejas.

—En cambio, recibirás un disgusto No podré impedirlo Max y Jim se ponen furiosos cuando tienen que hacer el trabajo de hurones. Eso resulta desagradable para nosotros, ¿sabes?

—¡Ted! —exclamó Jim—. ¡Aquí hay un tipo escondido!

Ted vomitó una maldición.

—¿Un fulano? ¡Tráelo aquí enseguida!

—¡Vamos, cachorro! —rugió Jim al joven que reposaba sobre la paja—. Ted tiene ganas de conocerte.

Jess salió de dentro del vehículo, sin dejar de ser apuntado por Jim, quien sonrió al verle de cuerpo entero.

—¡Vaya, Ted! ¡Éste tiene otra cara! ¡Parece uno de los nuestros!

—Tráemelo, Jim.

Jess movió las piernas entumecidas al rodear al carro hacia la parte delantera.

—¡Canastos! —sonrió Ted al verle—. Y lleva pistola.

—Pero no es peligroso, Ted —dijo Jim, mientras acompañaba al joven—. De haberlo sido, nos habría disparado desde dentro Casi me tiemblan las piernas de pensarlo.

—Apuesto a que no lleva ni un dólar encima. —Ted le estudió calculadoramente y desvió la mirada hacia el hombre del pescante —. ¿Quién es éste, viajero?

—No lo sé —rezongó Cecil.

—Viajaba gratis, ¿eh? ¡Infiernos, no me gustan los que viajan gratis!

Jim carraspeó.

—¿Empiezo ya, Ted? Con éstos, se disfruta al disparar, empezando por abajo.

—Espera —Ted se aproximó al joven—. Has tenido mala suerte al elegir este medio de viajar, muchacho.

—¿Sí? —Jess dejó caer el brazo derecho a lo largo del cuerpo.

Ted movió la cabeza.

—Por lo que veo, no podremos sacarte nada. Y lo malo es que no queremos dejar testigos de nuestros trabajos.

—Es una medida muy prudente —observó Jess.

Ted rió, volviendo la cabeza hacia los otros.

—¿Oís, chicos? Se lo toma con filosofía. Bien, joven Puedes volverte de espaldas y no será tan duro para ti ¡Infiernos, no creerás lo mal que me sabe! ¡Si al menos hubiera sido una chica!

—De modo que van a matarme —dijo Jess.

Ted alzó las cejas.

—Sí, hijo.

—Tengo trescientos dólares —Jess miró a la cara del hombre que pensaba quitarle la vida.

—¿Cómo has dicho? ¿Trescientos pavos?

—Trescientos cincuenta y ocho para ser exactos.

Los tres asaltantes soltaron sendos respingos.

—¡Eso cambia mucho las cosas, amigo! —rió Ted, incrédulo—. ¡Y yo que pensé que estabas sin blanca!

—Los tengo atados en un paquete cosido al calcetín derecho —dijo Jess—. No pueden quejarse de su suerte.

Ted sonrió de oreja a oreja.

—Tengo un tío jorobado al que le acaricio la giba antes de emprender el trabajo ¡Condenación, hoy dio resultado!

—En efecto.

—¡Bien, sácalos! ¡Como sea mentira te agujerearé el ombligo para que mueras poco a poco como el tipo de las cacerolas!

Jess asintió en silencio y se encorvó a la vez que apoyaba las espaldas contra las tablas del carromato para cogerse la bota derecha con las dos manos No obstante, perdió un poco el equilibrio al estar a la pata coja, y en vez de cogerse de las cuerdas que sujetaban la lona, puso la mano sobre la culata del revólver y cayó al suelo.

Ted y los otros dos vomitaron unas maldiciones al darse cuenta de lo que el joven hacía, y apresaron los gatillos de sus respectivos revólveres.

Los estampidos se produjeron casi al mismo tiempo y formaron, un estruendo que retumbó, en la lejanía.

Ted vio, perplejo, que en el momento que hacía fuego, una bala del joven le desviaba el arma, y volvió los ojos instintivamente hacia sus dos compañeros, que estaban a la derecha, pero se llenó de espanto.

Jim fue rechazado por un plomo en pleno rostro y fue a estrellar lo que le quedaba, de cabeza contra una de las rocas, produciendo el mismo, ruido que un trapo mojado al pegar en el suelo.

Max sostenía el «Colt» entre las manos, mas fue arrugándose, incapaz de disparar, vomitó, un chorro de sangre y cayó de bruces, después de rebotar su cráneo en el cubo de la rueda.

Ted dio media vuelta y escapó entre dos peñas sin hacer caso de las dos balas que le mandó el joven, y que repiquetearon a pocas pulgadas, de su cuerpo.

Cecil Budries permaneció en el pescante, blanco como el yeso, boquiabierto y olvidándose de bajar las manos.

Jess apartó la vista con disgusto de los restos de los dos forajidos y después de dejar que el revólver humeara, lo enfundó, dándole un par de vueltas sobre el índice.

—¡Qué carnicería! —Galleó Cecil, sosteniéndose para no caerse de la impresión—. ¿Qué… cómo se las ha arreglado?

Jess movió la cabeza, dejando escapar el aire, por la boca

entreabierta.

—No nos concedieron otra alternativa.

Cecil tartajeó unas cuantas veces, antes de recuperar el habla.

—Nunca… podré pagarle esto, Farwell ¡Llevo cerca de quinientos dólares y estuvieron a punto de sacármelos!

—Defendí mi vida, Budries No tiene que pagarme nada.

—¡Condenación! ¿Se da cuenta? Si no llega a hallarse usted ahí dentro… ¡A estas horas estaría yo muerto y despojado!

—Sí, Budries.

Cecil se inclinó bruscamente sobre las riendas.

—¡Vamos, salte a su sitio! ¡Hemos de largarnos enseguida! ¡Apuesto a que esos truenos se han oído hasta en California! ¡Y los rurales rondan por ahí!

Jess fue lentamente hacia la trasera del carromato, trepó, arriba y, una vez dentro, se acercó a la lona que le separaba de Budries.

Éste aumentó su repertorio de exclamaciones y denuestos, chasqueando el látigo sobre, los lomos de los caballos, que tiraron violentamente: del carro, y lo hicieron rodar a una velocidad endiablada.

—Avíseme cuando lleguemos a la altura de Bluetown —dijo Jess.

Budries contestó con un gruñido, pues evidentemente estaba ordenando los pensamientos.

Jess Farwell se dejó caer: en el lecho de paja, y, después de desperezarse como un gato, se relajó y durmió a los pocos minutos.

CAPÍTULO II

Jess Farwell estaba completamente despierto cuando el carromato se detuvo en lo alto de una colina.

Bajó del vehículo y vio que Budries se remojaba la cabeza en el manantial mientras los caballos bebían.

—Aquí le dejo, Budries.

El conductor sacó la cara chorreando agua.

—¿Está seguro de que quiere apearse aquí definitivamente?

—Éste es el punto más cercano a Bluetown, ¿no?

Budries se acercó, enjugándose la cara con un pañuelo de hierbas que parecía una sábana.

—Usted es un tipo raro de veras, Farwell.

—¿Por qué?

Cecil Budries le miró a la cara.

—Tiene a los rurales a sus talones y, sin embargo, quiere meterse en un lugarejo donde no tardarán en dar con usted.

—Tal vez —repuso Farwell pensativamente.

—Además —continuó Budries—, si todos los asesinos o forajidos que buscan los rurales fuesen como usted, estaríamos todos de suerte ¡Canastos, no se me va de la cabeza cómo se volteó a la pareja de marras!

—Hará bien en no comentarlo con nadie —repuso Farwell—. Incluso le recomiendo que se olvide de mí Podría tener complicaciones y crea que lo sentiría.

—Bien —suspiró Cecil y tendió una mano, que Farwell estrechó —. Ojalá se aclare su situación. Si alguna vez puedo servirle de algo, pregunte por Cecil, el aliare, ro, más allá del río.

—Gracias, Budries. Hasta la vista.

Farwell hizo un saludo con la mano y cuando llegaba al valle,

vio que el vehículo arrancaba en medio de las exclamaciones del hombre.

Atravesó varios maizales cuyas mazorcas rebasaban la copa de su sombrero.

Un rato después llegó a un montículo. Al dar la vuelta encontró en la falda una casa de aspecto destartalado que debió ser excelente hacía veinte años.

Farwell se aproximó a la edificación con paso decidido, pero al llegar a ella, se detuvo de repente al oír voces en el patio.

Jess atisbo por la esquina, y sus pupilas se entrecerraron al percatarse de la escena.

Un individuo de anchos hombros y rostro irónico se dirigía en aquellos momentos a un hombre caído en el suelo, que presentaba huellas de haber sido golpeado.

—¿Ve lo que les pasa a los tipos avariciosos, Evans? Usted tenía que haberse dedicado siempre al forraje para bestias. ¿Pero qué le pasó? De pronto le entra la fiebre de los grandes negocios y pide semillas raras para hacer la competencia a los cultivadores de maíz ¡Infiernos, lo ha conseguido! Pero le va a volar la cabeza Usted lo ha querido.

El hombre del suelo hizo un esfuerzo para levantarse.

—¡Malditos puercos! —gritó con fuerte vozarrón—. ¿Quién les ha pagado a ustedes?

Uno de los dos tipos que flanqueaban al de los anchos hombros se adelantó, esgrimiendo un rifle por el cañón.

—Mira, Milt. Lo mejor será que le demos un poco más de esto mientras pegamos fuego a las cañas.

—Cierra el pico, Jub —dijo Milt, volviéndose—. Te moverás cuando yo te diga.

El que recibía el nombre de Jub hizo una mueca y se hurgó la oreja.

—Es que el tipo empieza a hacer preguntas. Se ve que necesita doble ración para bajarle los humos.

El tercer individuo, que sostenía una lata de petróleo, curvó la boca y habló con voz ronca:

—Milt ha dicho que te calles Cósete la boca.

Evans les miró uno a uno y escupió con rabia.

—¡Condenación, sois el trío más indecente que he visto en mi

vida!

Jess Farwell se dejó ver mientras batía las manos repetidas veces.

Los cuatro hombres volvieron las cabezas bruscamente hacia él.

Jub lanzó un respingo y empezó a coger el rifle por la culata.

—¡Que me ahorquen! ¿Quién es este hermano?

Milt se puso en primer término y ladeó la cabeza con la misma actitud del que se hace cargo de una situación inesperada.

—Oiga, piojoso. ¿Qué aplaude usted?

Jess acabó de batir las manos.

—Me limitaba a aprobar las palabras de la víctima. Ha dicho que eran tres cerdos indecentes y ha sido un acierto.

Se produjo un silencio inacabable.

Milt cerró las mandíbulas con fuerza.

—Le vamos a hacer tragar las manos para que deje de ovacionar asuntos ajenos —dijo entre dientes.

—Sería curioso ese espectáculo —Jess lanzó una mirada circular.

Jub empezó a reírse, lleno de asombro.

—¡Milt! —exclamó—. ¿Has visto cosa igual en la vida? ¡Cuándo se lo explique al jefe, no se lo va a creer!

Milt no compartió la risa de su compinche, sino que se limitó a observar al recién aparecido, con la mirada llameante.

—No tendrá tantas agallas cuando acabemos con él De momento va a recibir Ja paliza más formidable, por meter las narices en donde no le llaman. Luego ya no hará falta preguntarle quién es.

Jub y el otro se dispusieron a dar la lección acariciándose los puños.

—¡Dejádmelo a mí solo! —rezongó Milt.

Jess, sin el menor rastro de humorismo en el rostro, dijo:

—Sí. Será mejor que se pongan en la cola.

—¡Condenado bastardo! —rugió Milt, fuera de sí, y arremetió contra el joven.

Éste hurtó el cuerpo y cuando el enfurecido Milt pasó de largo y pudo detenerse, le presentó batalla.

Milt dio un ágil saltó para colocarse ante su antagonista, al tiempo que disparaba la izquierda.

—¡Esto te enseñará a estarte quieto!

—¿De veras? —Jess desvió el zurdazo y estrelló la derecha en la cara de Milt.

El golpe sonó como un seco disparo.

El individuo retrocedió, golpeando las espaldas contra la pared y abrió los ojos, lleno de sorpresa.

—¡Me has pegado…! ¡Tú…!

Jess fue hacia él.

—Algo de eso hubo.

—¡Voy a matarte! ¡Ahora es cuando te voy a dejar todos los huesos triturados!

—Usted es un chico que promete.

Milt, incapaz de hablar, embistió resollando como un búfalo Pero lo hizo con la cabeza demasiado baja y Jess logró conectarle un zurdazo junto a la oreja, lo que le dio más impulso.

Milt atravesó el patio y tuvo la mala fortuna de pegar contra la valla de madera.

Entonces se derrumbó, lanzando un alarido.

Jub y el compinche se miraron y de pronto lanzaron sendas carcajadas que por un momento desconcertaron a Jess.

—No ha sido de risa —dijo éste.

Jub y el pecoso acusaron el comentario del joven con un aumento de hilaridad, y a poco estaban retorciéndose con lágrimas en los ojos Jub, más voluntarioso, recobró el uso de la palabra con grandes esfuerzos.

—¡Muchacho, no he pasado un rato tan bueno desde hacía tiempo!

Jess frunció el entrecejo.

—¿De veras?

—Se lo juro —Jub se enjugó una lágrima y con la misma mano se limpió un poco de baba—. Esto ha sido la monda.

—Yo no lo cojo —dijo Jess—. Explíquemelo un poco No soy de piedra y también me gusta pasarlo bien.

Jub acabó de sacudir los hombros ante un nuevo ataque de risa.

—Usted no puede reírse, por dos cosas.

Jess no contestó, esperando una aclaración.

Jub carraspeó.

—En primer lugar, no conoce a Milt. Siempre fanfarroneaba de que nadie le podría hacer hincar la nariz en el suelo. Y, mire por

dónde, usted le ha dado eso y más.

—¿Cuál es la otra cosa? —preguntó Jess.

Jub se pasó el índice por la comisura de la boca.

—La otra razón por la que no va a poder reírse, es que le vamos a tumbar nosotros dos.

Farwell se dejó apoyar en la columna que sostenía el pórtico.

—Quieren luchar los dos al mismo tiempo, ¿eh?

Jub dijo que no con el dedo índice, lleno de buen humor.

—Yo tuve de pequeño una maestra llamada *mistress* Betty que decía que andar a zarpazos era una cosa de niños mal educados.

—Estoy con *mistress* Betty.

—Ajá —hizo Jub—. «Juegos de manos, juegos de villanos». Por eso he aprendido desde chico a valerme del dedo.

—Se refiere a apretar el gatillo —dijo Jess.

—Exacto, pimpollo Quiero decir que le vamos a hacer un relleno.

Jess Farwell dejó caer las manos. En sus pupilas brillaba una luz extraña Pero no contestó.

Jub se aclaró la garganta.

—Le voy a demostrar al cabezota de Milt que un dedo vale más que dos puños como los de él. Lo malo es que no podrá verlo ahora Tendrá que conformarse con contemplar el cadáver de usted.

Jess continuó guardando silencio y dedicó una mirada al llamado Evans.

La víctima del trío de desharrapados observaba la escena, desde el suelo, mudo de consternación.

Jess, Jub y el pecoso se miraron con fijeza.

—¡Ya! —gritó Jub.

Los tres tiraron de los revólveres.

Los estampidos hicieron temblar el suelo y el temblor se transmitió piernas arriba de los contendientes.

Empero, Jub no se enteró.

El plomo de Farwell se incrustó en el ojo derecho y le hizo entrar en rotación, yendo a caer después de tres revoluciones cerca de los pies de Evans.

El pecoso abrió los brazos en cruz y las últimas fuerzas se le escaparon un largo suspiro.

Luego, se desplomó de espaldas y quedó ensartado en la punta

de hierro que servía en la puerta de la casa para limpiarse el barro de las botas.

Wans se cubrió la boca con fuerza y Jess dudó si lo hacía para no emitir un grito o para contener las náuseas.

En aquel instante, Milt abrió los ojos y enfocó con dificultad los restos de sus compinches.

Les miró largo rato y después se puso en pie con cierta dificultad.

—Lléveselos de aquí.

Milt reflejaba en sus ojos el terror que sentía en su interior.

Afirmó repetidas veces con la cabeza y reunió las fuerzas disponibles para subir los cadáveres a sus respectivas cabalgaduras.

Cuando hubo finalizado la tarea, montó en su propio caballo y se alejó, tirando de las riendas de los animales que portaban les muertos.

Jess y Evans siguieron la escena en silencio.

Milt no tardó en perderse de vista.

El joven se volvió poco a poco hacia el hombre del suelo y enfundó el arma.

—Ya estoy a tu lado, Buster.

CAPÍTULO III

Buster Evans se levantó del suelo con renovadas energías.

—¡Jess, muchacho! —exclamó—. ¡Todo esto me parece mentira!

Farwell le tendió una mano y Evans la estrechó con las dos suyas, en un gesto de gran afecto.

—A mí también, Buster No sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí.

Buster rió un poco nerviosamente.

—¡Demonios, Jess! ¡Estaba seguro de que, pese a las dificultades, llegarías un día u otro! ¡Serás el mismo de siempre!

Jess le miró sonriendo.

Buster tampoco había cambiado mucho en el tiempo que estaban sin verse Frisaría en los cuarenta y tantos. Era de la misma talla que Jess, aunque algo más grueso y tosco en su aspecto Tenía los ojos azules, pequeños, pero expresivos. Sus manazas eran rudas, rasposas por el trabajo del campo. En la frente tenía una moradura.

—¿Estás bien, Buster?

Evans se tanteó la hinchazón con dos dedos.

—Me dieron una buena apenas les volví la cara —gruñó—. Pero te aseguro que necesitaban largarme más para tumbarme sin sentido ¡Condenación, Jess, has estado sensacional!

—Me empujaron a ello —dijo Farwell, cejijunto.

—Y les has dado lo que pedían a gritos —puntualizó Buster—. No tienes idea del susto que he recibido Cuando les vi la lata de petróleo, por poco me caigo. Es ya la segunda vez que intentan arruinarme el maíz. Y en cuanto a despellejarme el físico, también empezaron a hacerlo.

—Veo que en tus cartas no me lo explicaste todo —observó Jess.

Evans profirió un sordo gruñido.

—Lo que más me entusiasmaba era contarte los progresos de la simiente que me mandaste, y que me ahorquen si no ha superado lo que me explicabas de ese grano compuesto.

Jess desvió la mirada hacia el maizal que se extendía en la lejanía.

—Al venir tuve ocasión de comprobarlo. Aquí ha prosperado mejor que en las tierras de Iowa.

Evans acompañó a Farwell al interior de la casa, y tomaron asiento.

El propietario del maizal tenía el gesto adusto, embebido en sus propios pensamientos.

—Sí, Jess —dijo—, el maíz ha ido de primera. Los propietarios de los alrededores se quedan con la boca abierta cada vez que ven esas mazorcas de tamaño casi doble del normal Incluso el grano resulta mayor.

—Estaba seguro de que lo conseguirías si seguías mis instrucciones al pie de la letra.

Buster arrugó los labios.

—El cuidado especial, unido a ese modo de preparar el abono para que sea altamente nitrogenado, influye bastante. Pero la verdad es que el grano que enviaste para la siembra tiene el secreto. ¿Cómo diablos lo conseguisteis?

Jess miró al infinito, a través de la puerta abierta de la casa.

—El viejo Frank Da vis y yo hemos trabajado bastante allá en Iowa para lograr el grano compuesto. En un principio consiste en arrancar la cabellera de la mazorca para evitar que la simiente se fecunde a sí misma. El abono, rico en nitrógeno, y otros detalles que te iré explicando poco a poco, hacen lo demás.

Buster alzó las cejas.

—¿Y así se produce el milagro, Jess?

—Tú mismo aprenderás a realizarlo Para eso he venido especialmente —Jess aceptó el tabaco y papel que le tendía Buster y agregó—: La simiente es costosa de producir. Es el resultado de todo un largo proceso, Buster Por esa razón no podemos suministrarla más que a contados cultivadores de maíz.

—Nunca podré pagarte que te acordaras de mí, Jess —murmuró Buster con un brillo de sinceridad en sus pupilas.

Jess hizo un gesto vago.

—Olvídate de eso, Buster Cuando abandonamos el ejército, nos prometimos darnos una mano en el futuro. En cuanto me hablaste de las tierras de forraje que no te daban para gastos, me acordé de ti enseguida.

—¡Y voy a salir a flote con ese grano, Jess! ¿No es fantástico?

—Sin embargo, ya tienes dificultades, las mismas que tienen otros cuando prosperan repentinamente en una comunidad dedicada al mismo negocio.

Buster se pasó la diestra por la cara.

—A mí me ha ocurrido por andar demasiado suelto de la lengua, Jess.

—¿Qué quieres decir? —Jess pegó la goma del papel de fumar.

—Al ver salir los tallos con aquella rapidez, hablé entusiasmado del maíz compuesto, en una reunión de los agricultores de Bluetown.

—Hablar demasiado no es bueno, Buster.

Evans le pegó fuego al cigarrillo propio y al de Jess.

—La gente se lo tomó a risa al principio —soltó una bocanada de humo—. Pero luego, han cambiado de opinión.

—Suele suceder así. ¿Qué más, Buster?

—De los veintitantos propietarios que somos en esta comarca, algunos se han apresurado a darme la enhorabuena y a rogarme les consiga simiente Otros, en cambio, ni me hablan De éstos vienen, con toda seguridad, las agresiones.

—Sigue.

Buster tosió un par de veces. El tabaco era fuerte.

—Les he explicado que no es fácil producir esta semilla compuesta y que voy a aprender a lograrla con mis propios medios para venderles Pero algunos creen que es un cuento para no complicarme la vida mientras mi maíz alcanza las mejores ofertas y los mejores precios La Compañía Central de Granos ha enviado un par de agentes y me ha ofrecido cinco dólares más por hectólitro que a los otros.

Jess lanzó un chorro de humo.

—Entonces aparece la violencia.

—Sí, Jess Desde que te mandé llamar, la cosa ha corrido lo suyo Un vecino me ha enterado hace una hora de que la Compañía de Granos ha enviado algunas cancelaciones de compra a ciertos

propietarios que pedían las nubes por su maíz o lo daban malo.

—Comprendo.

Buster meneó la cabeza, abrumado por el peso de las preocupaciones.

—Jess, me parece que vamos a tener ruido —dijo—. Sé lo que les inquieta haberse enterado de que vienes a enseñarme el método. Aquella maldita carta que interceptó alguien los ha puesto al corriente de tu presencia por estos lugares.

—Te escribí desde Lubbock, hablándote de la celada que me tendieron allá —Jess observó la ceniza uniforme que se formaba en el cigarrillo—. Sólo lo hice para ponerte sobre aviso.

Buster hizo una mueca.

—Muchacho, desde entonces no me toca la camisa al cuerpo No sabes lo que temía que tuvieras algún tropezón.

—Desecha tus temores, Buster.

—¡No me perdonaría nunca que te pasara algo por mi culpa, Jess!

—Te repito que todo se calmará —reiteró Jess, y se repantigó en la silla—. Lo importante es que la semilla va bien.

Jess guardó silencio y optó por silenciar los sucesivos encuentros que había tenido en su camino, a medida que se acercaba a la región de Bluetown. Había sido atacado un par de veces por sicarios de alguien que no deseaba que él llegara jamás a Bluetown. La persecución por parte de aquel piquete de rurales era algo que Jess prefería callar para no avivar los temores de Buster Evans Jess tenía una teoría acerca de aquellos rurales y sabía que allí, en Bluetown, hallaría la solución.

Alzó la mirada hacia Buster.

—¿Sospechas de alguien en especial, Buster?

El amigo de Jess entrecerró los ojos.

—No, Jess —dijo, después de pensar un rato—. Sospecho de todos los que me miran con malos ojos. Estoy seguro de que algunos de ellos pagan a la gentuza que has encontrado hace un momento.

—¿Has pedido protección al *sheriff* del poblado?

Buster se mordisqueó el labio inferior.

—Le he denunciado el ataque del otro día Dijo que se ocuparía de encontrar al sujeto.

—¿Qué ataque fue ése?

Buster apretó los puños y la ruda piel de sus nudillos se atirantó.

—Mi capataz descubrió a un sujeto que estaba a punto de volar el paredón de la represa que da al norte del maizal.

—Fue una suerte que llegarais a tiempo —Los ojos de Jess se entrecerraron.

—Eso hubiese sido el fin, pues aquel día las aguas llegaban casi al borde de la pared Menos mal que Peter le vio el rabo y lo peinó de un balazo. El tipo consiguió huir.

—Debió ser alguno de los tres de marras.

Buster denegó con dos cabezazos.

—Mi capataz lo identificó como un tal Arthur Chambers Un tipo ducho en cuestión de cerraduras Desmontó el cerrojo del Almacén de Minería y de allí sacó un barreno. El tipo siempre andaba de merodeo por el pueblo y ahora se aclaran algunos robos de poca monta. Era el as de los cerrojos.

—Tienes que guardar los puntos flacos, Buster.

—En cierto modo, estos ataques me los señalan y voy apostando guardia en esos lugares No se repetirá, Jess Me vería hundido hasta la barbilla, si le ocurriera algo a la cosecha.

—Ahora estoy aquí, Buster Te ayudaré a defender la plaza.

Buster miró el cigarrillo con enojo, al encontrar nicotina en la punta y lo tiró lejos.

—He de vender el maíz con ese suplemento de cinco dólares por hectolitro Una vez lo consiga, podré tomar más gente a mis órdenes para aumentar el negocio ¡Canastos, Jess, va a ser algo grande!

Los dos hombres se pusieron en pie.

Farwell arrojó la punta del cigarrillo.

—Me gustaría llegarme al poblado a visitar el almacén general. Es posible que necesitemos algún producto químico para preparar más simientes.

En aquel momento entró corriendo en la casa un viejo armado de un rifle.

—¡Quieto todo el mundo! —exclamó, y al reconocer a Buster, dio un respingo.

Jess lo miró con el ceño fruncido.

Buster soltó una exclamación:

—¿Qué demonios…? ¿Estás borracho otra vez, Peter?

Peter, el capataz de Buster, movió varias veces las cejas,

rehuyendo la mirada.

—¡Repámpanos, señor Evans! ¡He visto pasar por la ladera a un tipo cargado de cadáveres! ¡Pensé que estaba librando una batalla!

—¡A buena hora, Peter! Estaría ya enterrado si esperaba tus refuerzos. ¿Dónde diablos estabas metido?

Peter carraspeó con fuerza.

—No le quito ojo al paredón de las aguas —Peter enarcó el pecho—. Si no llega a ser por mí el otro día Arthur Chambers habría arruinado la hacienda.

—Basta, Peter —interrumpió Buster Evans—. Otra vez dale más aprisa a las piernas ¡Los tiros sonaron hace un cuarto de hora!

Peter no le quitaba ojo al joven.

Buster hizo un ademán y el tono de su voz se calmó:

—Es Jess Farwell.

El viejo abrió los ojos como platos.

—¡Infiernos! —exclamó—. ¡Mucho gusto, señor Farwell! ¡No sabe las ganas que teníamos de que apareciera para hacerse cargo de este desaguisado! ¡Ejem! ¡Quiero decir del nuevo sistema de cultivo!

Jess estrechó la mano sarmentosa del viejo.

Buster resopló.

—Bien, Jess. Antes de ir al pueblo vamos a comer algo Mi lema es: «Antes de la batalla, llena el estómago y habrás ganado la mitad».

CAPÍTULO IV

Arthur Chambers introdujo la llave en la cerradura de la caja de caudales, le dio vuelta y sonrió.

Abrió la puerta poco a poco y cuando el gozne chirrió, se mordió el dedo, bruscamente alarmado.

Esperó unos instantes y luego de convencerse de que nadie le había oído, abrió la puerta de hierro Todo se produjo en silencio Arthur resopló y metió la mano mientras se relamía al tocar las yemas de sus dedos las pesadas bolsas de plata y oro.

Bien Tenía pensado cómo iba a hacerlo. Las sacaría una a una y las tiraría abajo, al patio, donde la tierra era blanda, y sembrada de plantas aromáticas ¡Infiernos, casi le parecía un sueño! ¡Todo el capital del tipo más respetado en Bluetown!

De pronto le entró risa al tirar de la primera bolsa. La cara que pondría Douglas Murdock sería para desternillarse Primero se volvería blanco y después rojo, hasta quedar amoratado Pero Arthur no podría verlo Ya estaría camino de México.

La bolsa estaba algo trabada a las otras, e introdujo la otra mano para ayudarse Dio un enérgico tirón y entonces ocurrió…

Se oyó un fuerte chasquido y, antes de que pudiese volverse atrás, una plancha de hierro acabada en agudos dientes lo atrapó por las muñecas Casi a la vez un pito disimulado en la moldura del techo silbó con fuerza y el recinto se llenó de aquel silbido ensordecedor, produciendo un escándalo de mil demonios.

Arthur quedó frío de espanto, tratando de sacar las manos de la trampa, sin conseguirlo. Sus ojos se abrieron al máximo, semejando un par de medios huevos duros y abrió también la boca, profiriendo un alarido que se sumó al infernal silbato.

Las muñecas de Arthur se movieron como dos zorros atrapados,

y las puntas metálicas formaron surcos de sangre, pero Arthur no sentía dolor.

Repentinamente, la puerta del despacho se abrió con violencia y un grupo de cuatro hombres, encabezado por un sujeto alto, fuerte, de facciones duras, pelo negro ensortijado y ojos como el carbón de piedra irrumpió como un huracán.

—¡Es Arthur Chambers, señor Murdock! —exclamó uno de los hombres.

El que los capitaneaba cerró las mandíbulas, abiertas por la sorpresa, y aulló:

—¡Condenación! ¡Lo voy a dejar en carne viva! ¡Lo voy a…!

Arthur pegó un chillido semejante al del coyote herido.

—¡Espere, señor Murdock…! ¡Le explicaré…!

—¡Cochino ladrón! —profirió Murdock, avanzando paso a paso —. ¡Conque tú pensabas jugármela! ¡Tú, puerco desagradecido!

—¡Ha sido una tentación, jefe! —gritó Arthur.

Douglas extendió un brazo y lo atrapó por la camisa. Le dio varios zarandeos, y los dientes de hierro de la trampa se clavaron más en la carne del ladrón, quien inundó el despacho de gritos.

—¡Por todos los santos, jefe! ¡Máteme primero! ¡Este cepo me está tocando los huesos! ¡No, jefe! ¡No…!

Douglas enseñó los dientes blancos y bien aparejados, en tanto su frente hacía resaltar las venas.

—¡Voy a enseñarte lo que ocurre con los que le toman el pelo a Douglas Murdock! ¡Tú ibas a trabajar para mí!

En eso la vejiga que alimentaba el pito se extenuó y el artefacto dejó de funcionar.

El resuello de Douglas se mezcló con los quejidos de Arthur.

—¡Bill! —ordenó Douglas, por encima del hombro—. Ven acá.

Un tipo largo como una escoba dio un par de pasos al frente.

—¿Qué, jefe?

—Mete la mano detrás de la caja y tira de una palanca.

—¿Va a ponerlo en libertad, jefe?

Murdock sonrió de modo desagradable.

—No. Es para apretarle más las clavijas Quiero tenerlo bien sujeto para darle su merecido Nadie le toma el pelo a Douglas Murdock.

Los ojos de Arthur amenazaban salirse de las órbitas.

—¡Jeje! ¿Qué va a hacerme?

Douglas le volvió la espalda y agregó:

—Trae el látigo, Spencer.

Mientras Bill manejaba la palanca, Spencer alargó un látigo y lo puso en manos del jefe.

Éste se quitó la levita y, después de tirarla a uno de sus empleados por encima del hombro, enarboló el látigo y empezó a dejarlo caer sobre Arthur.

El ladrón gimió, lloriqueó y se dejó parte de la piel al tratar de zafarse inútilmente de los dientes de hierro y del grueso látigo del jefe. La camisa de Arthur se convirtió en jirones y la sangre salpicó el suelo y la caja de caudales.

Una de las veces, Arthur presentó el rostro y Douglas le conectó un trallazo en plena boca que le hizo saltar parte de la dentadura.

Cuando Douglas empezó a sudar, cesó la paliza y devolvió el instrumento de castigo a Spencer, quien seguía la escena como los demás, con los ojos brillantes.

Arthur emitió unos gruesos ronquidos y se revolvió en la sangre del suelo.

—Je… jefe… ¡No lo haré más! Yo no…

Murdock respiró con fuerza, los ojos inyectados en sangre, y extendió una mano, donde otro de los que le acompañaban puso un «Colt».

—¡No, puerco! ¡Nunca más!

Douglas hizo fuego seis veces, abarcando lo que quedaba de Arthur Chambers, y luego devolvió el arma descargada.

—Sacadlo de aquí, muchachos —ordenó—. Que vengan Todd y Flipson y limpien y enceren el piso. Si hace falta, que traigan un par de palas.

Los hombres de Douglas Murdock se enjugaron el sudor de los rostros, excepto Spencer, quien no quitaba ojo de los restos de Arthur, con una expresión gozosa.

Murdock dio media vuelta y fue hacia un armario, de donde sacó una botella y un vaso.

Se sirvió un *whisky* y después de paladearlo, lanzó un eructo.

Los hombres a sus órdenes retiraron el cuerpo de Chambers.

Spencer fue el único que se quedó, sonriente, a pocos pasos de su amo.

—Jefe, su manera de proceder ha impresionado mucho a los chicos. Estoy seguro de que desde ahora van a tener una opinión magnífica de usted Ya sabe, a la gente le gusta servir a los que tienen temperamento.

—No me des coba, Spencer. ¿Qué hay de los tipos que tenían que incendiar el maíz de Buster Evans?

Spencer se adelantó, con la sonrisa en los labios.

—Espero que no tarden en llegar.

Murdock dejó el vaso vacío en la repisa del armario.

—Todavía no huelo a quemado, Spencer. ¿Les has dicho que no toleraré fallos?

Spencer asintió.

—Milt y esos dos chicos saben dónde tienen la mano derecha Nos han hecho algún que otro trabajito y siempre lo bordan. Además, son baratos.

Un sujeto esquelético hizo una seña a Spencer y éste se aclaró la voz, dándole un tono campanudo:

—Señor Murdock. El inspector de rurales y dos agentes acaban de llegar.

Douglas se volvió y, al entrecruzar la mirada con su empleado, hubo algo que los hizo estallar en grandes carcajadas.

Spencer le cedió el paso mientras reían y pasaban a la planta baja Murdock se detuvo en la entrada, en tanto tres hombres se despojaban de los distintivos de rurales del Campamento Norte.

El más alto de los tres se volvió hacia Douglas Murdock y lo miró con unos ojos grises, fríos, acerados.

—Mira, Douglas. Antes de que abras la boca te lo diré: el tipo no ha podido ser localizado.

Un silencio de larga duración envolvió a los circunstantes.

Entretanto, el rostro de Murdock se fue atirantando.

—¡Maldita sea! —gritó con fuerza—. ¡Entonces…! ¿De qué os ha servido tanta comedia?

El de los ojos grises mantuvo la dura mirada que le dirigía Murdock.

—No es fácil dar con un vivales que se la sabe toda. Y menos cuando tienen tanto terreno para esfumarse.

Douglas se acercó, resollando con fuerza.

—De modo que te quedas tan tranquilo, ¿eh, Dan? ¡Os dije que

no podía escaparse!

Dan, el supuesto inspector de rurales, ladeó la cabeza.

—Pues se ha escabullido. Hemos reventado las caballerías galopando por esos despeñaperros y le hemos seguido las huellas de cerca No hemos descansado un momento Puede creerlo, Doug.

Murdock comenzó a pasear, presa de tumultuosos pensamientos.

—Cuando un día empieza mal, mal va todo —rezongó—. Acabo de sorprender a un tipejo escarbándome la caja de caudales, el mismo que me falló el otro día en una voladura de presa.

—Simples incidentes —apuntó Dan, y sentóse en el canto de una mesa.

Douglas se revolvió a medio camino.

—¿Simples…? ¡Maldición, Dan! ¡Estamos amontonando fracaso sobre fracaso! ¡Dime algo que funcione bien!

Dan Smith chascó la lengua.

—Lo que te pasa es que estás impaciente por los resultados, Doug Después de todo, la comedia de los seis rurales no puede decirse que haya fallado totalmente.

—¿No, eh?

—Aún podemos obtener dividendos. Hemos montado la mascarada para hacer correr la voz por las comisarías de esos andurriales. Es posible que algún *sheriff* palurdo cace a Jess Farwell y nos lo sirva en bandeja Tengo a quien está al tanto.

—¡Agh! —Hizo Douglas, despreciativo, y echó a andar—. ¡Confiesa que me has engatusado para una payasada que no va a servirnos de nada!

Dan rió, burlón.

—¿Quién sabe? Hemos desprestigiado al tal Farwell ante un montón de gente, y advertido que es de cuidado No te extrañe que alguien le plante un plomo gratis en la sesera.

—Me sigue apestando —gruñó Douglas.

Dan Smith tiró del cajón de la mesa, y sacando un frasco, bebió un trago.

—Ten un poco de paciencia y verás como todo se arregla. Sería el primer tipo que se me ha escapado a la sentencia.

Douglas frenó en seco, con el rostro enrojecido.

—¿Es que estás loco, Dan? ¡Métete en la cabeza lo que significará, si el tipo consigue llegar hasta Bluetown! ¡No puedo

vivir tranquilo pensando que puede instruir a Evans en la obtención de esa maldita simiente compuesta!

—No lo instruirá, Doug. ¿Y sabes por qué?

—¡No empieces con tus fanfarronadas!

Dan tapó el frasco.

—Has de tener fe en mis acciones, Doug. Si consigue llegar al lado de Evans, lo liquidaré a los cinco minutos del encuentro.

Douglas Murdock cruzó el espacio que lo separaba de su socio, y lo aferró por la pechera de la camisa.

—¿Por qué has de ser tan tarugo, Dan? ¿No comprendes que no puedes destaparte?

—Alguna vez hemos de enseñar, los dientes, Doug.

—¡No, y mil veces no! —rugió Murdock—. ¡He de poner la zancadilla a ese maldito de Evans, pero sin que la gente me señale con el dedo!

—Tienes muchos humos, Doug. Acuérdate de los tiempos que vivías con un revólver en la mano y el público te veía la cara.

—¡Aquello pertenece al pasado! —Doug enarcó el pecho—. Ahora soy un tipo importante en esta comarca. ¿Lo oyes, Dan? ¡El tipo más respetado de Bluetown!

Dan se arrancó un bigote postizo y lo guardó en el cajón, junto con el *whisky*.

—Nadie nos verá el rabo porque lo hacemos todo con la cabeza, Doug.

—¡Lo que más me preocupa es el maldito maíz de Evans! ¿Sabes lo que se dice entre los agentes de compra? ¡Que el maíz de Evans va a pasar a ser el más requerido! ¿Te percatas de lo que ocurrirá, si no vendemos como antes? ¿Cómo vamos a disfrazar ciertas ganancias de otra especie? Lo que te digo, Dan. Hemos de continuar siendo los principales cosecheros de maíz. El día que falle, se descubrirá todo el pastel de la mayor parte de nuestras ganancias.

Dan observó que Spencer alzaba la mano para pedir la palabra.

—Escúpelo.

Spencer estiró el cuello.

—¿Por qué no le robamos simiente a esos tipos?

Douglas hizo una mueca de asco. Hoy fallaban todos Incluso Spencer.

—Esa simiente se produce en cuentagotas. Además, la prepara

un socio de Farwell allá en Iowa.

Dan bostezó ruidosamente.

—Bien, muchachos No os calentéis la cacerola con cosas complicadas. Si Farwell aparece por estos contornos, no lo contará De momento, ya he dejado en el pueblo a Slim Morlay y un par de muchachos Ya conocéis a Morlay en cuestión de disparar. Se cargará a Farwell en un parpadeo de ojos.

Doug apretó los puños.

—¡Maldición, no quiero que llegue junto a Evans por nada del mundo!

Dan resopló pacientemente.

—Te repito que nunca se encontrarán.

De repente, el sujeto esquelético entró corriendo.

—¡Señor Murdock! ¡Ahí viene Milt con dos cuerpos sobre las caballerías!

Los circunstantes se revolvieron hacia la entrada.

Milt, el individuo golpeado por Jess Farwell, entró, sin poder sostenerse sobre las piernas.

—¡Señor Murdock! ¡El tipo ya ha llegado!

Douglas y Dan quedaron tensos.

—¿Qué estás diciendo, bastardo? —rugió Murdock.

Milt se pasó la lengua por los labios.

—Sí, jefe Pudo con los tres. A mí me sacudió con los puños en el momento qué le ajustábamos las cuentas a Evans.

—¡Condenación!

Milt asintió.

—Cuando me desperté, vi en el suelo a Jub, hecho papilla de un balazo. El pecoso Chett estaba poco más allá. Muerto también.

Doug boqueó varias veces.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Esto parece de pesadilla! Dan se puso en pie, ajustándose los revólveres.

—Aquí viene el fin, Doug Yo me encargo…

Murdock se revolvió y lo obligó a sentarse de un fuerte empujón sobre el hombro.

—¿Quién decía que Farwell no llegaría nunca al lado de Evans?

Milt se repasó los labios con la lengua Tenía la boca hecha un esparto.

—Yo lo dije una vez, jefe Pero me equivoqué.

Murdock extrajo el revólver con cierta celeridad instintiva.

—¡No te equivocarás más, puerco! ¡Y desde ahora se acabaron las equivocaciones!

Dicho esto, apretó el gatillo tres veces.

Milt se retorció al acusar el plomo y cayó de cabeza, a los pies del inquieto Dan.

CAPÍTULO V

Slim Morlay estaba entretenido en un complicado solitario, mientras a su lado, Burt Flanagan dormitaba frente al vaso vacío.

Las puertas del establecimiento se abrieron con brusquedad y al contraluz de la calle se destacó una silueta femenina de curvas pronunciadas.

Slim pegó un codazo a su compañero.

—¡Eh, Burt! ¡No pierdas el tiempo durmiendo! ¡Fíjate!

El hombre que se llamaba Burt dio un gruñido. Abrió los ojos con dificultad, miró a ambos lados echando mano al revólver y, al fijar la mirada en la puerta, pegó un salto.

—¡Condenación, qué muñeca! —exclamó, quedando completamente despejado—. ¡Hola, nena! ¿Me buscabas?

La joven era de estatura mediana, bien formada por todas partes Morena, de ojos intensamente negros, rasgados; y boca de labios gordezuelos, todo lo cual le daba un aspecto exótico.

El hombre que servía en el mostrador empezó a sonreír al ver entrar a la joven, pero al observar el revólver que empuñaba, borró la sonrisa y quedó con la boca abierta.

Slim rió con fuerza.

—¡Pasa, encanto, no te quedes en la entrada! Estábamos esperándote.

Ella dio unos pasos precavidamente.

—¿Quiénes son ustedes?

Slim continuó riendo.

—¡Ahora nos conocerás, bombón! Éste es Burt, y yo, el tipo que te hacía falta desde hace tiempo. ¿Qué te parece?

La muchacha recorrió con la mirada hasta el último rincón del local y se mordió el labio inferior rabiosamente, con unos incisivos

menudos y blancos.

—¿Dónde está el individuo que falta? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Slim chasqueó la lengua pacientemente al notar el arma de ella.

—¿Qué significa esto, monada? —dijo dilatando las pupilas.

Ella lo apuntó con el revólver.

—¡Deje de llamarme monada, ojos de tortuga!

—Si te cojo alguna vez por mi cuenta, sabrás lo que es una buena doma, muñeca.

La joven le enseñó los dientes superiores.

—¿Usted y cuántos más?

Slim rió, lleno de buen humor.

—Eres de las que me gustan, chica. ¿De dónde sales, quién diablos eres tú?

—¡Soy yo la que tiene que hacer las preguntas!

Burt intervino, risueño:

—A ella le toca preguntar, Slim.

Slim guiñó un ojo a la joven.

—Estoy de acuerdo contigo, nena Cuando una mujer como tú está presente, ella corre con todo el gasto de la conversación. Los hombres pueden entretenerse en otras cosas ¡Y tú tienes de todo y bueno!

—Abra el pico a destiempo y le hago un agujero en el lóbulo de la oreja para pendiente —amenazó la joven.

En los ojos de Slim y Burt brillaron luces de admiración. Hacía tiempo que no se encontraban con una hembra de aquella belleza y de tal temperamento.

El que estaba en el mostrador limpiándose el sudor con el paño de enjugar los vasos, tosió un par de veces.

—Bueno, Jenny, ¿por qué no dices de una vez lo que quieres? Tal vez pueda yo ayudarte.

La joven encañonó a los dos clientes, mientras observaba al que le acababa de hablar.

—Voy buscando a un fulano que iba acompañando a estos dos.

Slim hizo un gesto de dolor.

—¿Lo oyes, Burt? —gimió—. ¡Se interesa por Jack! ¿No es lamentable? ¡Una vez que me encuentro a una mujer de las que le convienen a mi estado de salud, y pregunta por el mastuerzo de

Jack!

La chica apretó los labios.

—Ése es —dijo—. Oí allá en el valle que ustedes le llamaban Jack a ese cerdo.

Slim apretó los puños y observó a su amigo con congoja.

—¿Te das cuenta, Burt? ¡Y le llama cerdo! ¡Cuando una mujer le llama cerdo a un hombre, es porque está por sus huesos!

—¡Menuda suerte tiene ese animal! —rezongó Burt.

—¿Dónde está el tal Jack? —repitió ella, taconeando ligeramente el suelo en un movimiento de impaciencia.

En aquel momento alguien gorjeó en la puerta y dijo:

—¿Quién pregunta por mí?

Todos volvieron las miradas hacia los batientes.

Un tipo de cara torva, membrudo, de brazos colgantes, entró despacio, haciéndose cargo de los circunstantes.

Jenny lo apuntó con el arma.

—De modo que aquí está, ¿eh?

Jack parpadeó varias veces con gesto estúpido.

—¿Me estás buscando, muchacha? ¿A mí? ¿A Jack Beverly? ¡Infiernos, estoy de suerte!

La joven aspiró aire con fuerza.

—¡Devuélvame lo mío! —gritó.

Jack la miró con la boca entreabierta.

—¿Lo tuyo, preciosa? ¿Qué es lo tuyo?

—¿Quiere que se lo diga apretando el gatillo? —exclamó ella entre dientes—. ¡Le voy a dar poco tiempo!

El recién llegado abrió los brazos y sacudió la cabeza.

—¡Que me ahorquen sí, sé lo que te pasa! ¿Por qué no te explicas?

Los ojos de la joven despidieron llamaradas.

—Bien, piojoso —resolló—. Se lo diré para regalarle el oído ¡Quiero la lencería que me robó!

Slim y Burt dieron sendos respingos.

—¡Infiernos, Jack! —exclamó Slim—. ¿Qué tienes tú que ver con la lencería de este bombón? ¡Queremos enterarnos de todo!

El bello rostro de Jenny enrojeció.

—¿Qué se figuran ustedes? ¡Yo les diré lo que pasó, aunque estoy segura de que lo saben tan bien como este vivales!

—Habla, nena —Slim tenía el semblante lleno de expectación—. Te juro que estamos en un mar de dudas.

Jenny apretó con fuerza el revólver que empuñaba. Tenía la ropa tendida en un cordel para que se secara y este hurón se coló en el patio y dejó el tendedero limpio ¡Eso es lo que hizo! ¡Pero lo va a sacar todo ahora mismo o le peino de un balazo!

Slim y Burt observaron a Jack, quien permanecía cabizbajo.

—¿Es de veras, Jack? —dijo el primero.

Jack levantó la fea cara y sonrió, enseñando unos dientes mellados y desiguales.

—Fue cuando me mandasteis a coger unas cuantas manzanas.

—¿Conque fue esta madrugada?

Jack tosió.

—Apenas salí del patio con la fruta para el desayuno, me enredé la cara con algo que parecía seda ¡Infiernos!

—¡No entre en detalles! —interrumpió Jenny, con el rostro más colorado que nunca.

—Bien, muchachos —continuó Jack—. Entonces me acordé de lo que le, gustan esas cosillas a las mexicanas de allá Cuando en el patio me di de cara con eso, caí en la cuenta lo bueno que sería aprovechar la oportunidad para abastecer a la primera chica que me diera en el ojo. Además, limpié la fruta. ¿Verdad que tengo pupila, chicos? ¡Todas esas prendas valen lo menos quince o veinte dólares!

—Apestoso truhán —rezongó Jenny—. Menos mal que pude darme cuenta y les seguí el rastro sin tardanza Uno de los neones les ovó llamarse por sus nombres, ates de esfumarse por la colina.

—Y nos has seguido desde casa, ¿eh, nena? —terminó Jack.

—¡Van a devolverme enseguida mis cosas!

Slim y Burt soltaron la carcajada y entonces, Jack, para no ser menos, rió también.

—¡Es lo más divertido que he oído en mi vida! —Se estremeció Slim, lleno de regocijo.

Jenny hizo fuego y el vaso que sostenía Slim entre los dedos quedó pulverizado.

—¡Caramba! —exclamó Morlay, con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¡Parece que va en serio!

Jenny entornó las largas pestañas.

—Va en serio Y como continúen tomándome el pelo, los voy a

peinar a balazo limpio.

Slim dejó caer el vaso, mientras en su rostro se retrataba la admiración.

—¡Muchachos! ¡Esta chica es enorme! ¡De las que me receta el curandero! ¡Por fuerza tiene que ser para mí! ¡Vaya mujer con fuego en las venas!

Jenny hizo una pausa.

—¡Bien, señores! ¡Ustedes lo han querido! ¡El primero que voy a dejar cojo es a usted!

Slim se inclinó hacia delante.

—¡No puedes hacerme eso, muñeca! —En su voz no había el menor asomo de temor.

Jenny volvió a apretar el gatillo, pero alguien situado a sus espaldas le desvió el arma, y el plomo se llevó la pantalla de la mesa de póquer.

—¿Quién le manda meterse…? —Jenny se revolvió contra el joven que acababa de intervenir.

El joven que le arrebataba el revólver estaría por los veintiocho años, era alto, de anchos hombros, moreno…

Slim volvió a reír con fuerza.

—¡Infiernos, muchacho! —dijo socarronamente—. ¡Nos has salvado la vida!

Jess Farwell le dedicó una mirada, pero luego la desvió al rostro de la joven.

—Éste no es asunto para usted, señorita.

Jenny salió de su abstracción.

—¿De la banda también, eh? ¡Debí figurarme que serían más de tres!

—Usted tiene juicios muy precipitados.

Jenny sonrió con desgana.

—¡Vaya! Usted debe ser el sabihondo de la pandilla Incluso tiene otra pinta que sus compinches.

Slim y los otros dos se retorcían de risa.

—¡Es el que planea los golpes de envergadura! —Mantuvo el equívoco Slim con alborozo—. Ya sabes, nena. Algo más que lencería.

Jack se dejó caer sobre la mesa, incapaz de mantenerse en pie, a causa de los retortijones.

—¡Mi madre, qué ensalada! ¡Palabra que no me reía así en mucho tiempo!

Farwell miró al trío con las pupilas veladas.

—Yo hablaré con ellos, señorita. Ahora le ruego que salga.

Jenny despidió fuego por la mirada.

—Se cree algo grande, ¿verdad? ¡Voy a ir ahora mismo al *sheriff*, y verá el giro que toman las cosas, vivales!

Jess fue a decir algo, pero en eso la joven salió precipitadamente Jack dejó de reír, frunciendo el entrecejo al tiempo que clavaba sus ojos cerdunos en el rostro del recién llegado.

—¡Eh, muchachos! ¿Dónde tenemos los ojos?

Slim reía todavía entre dientes.

—¿Qué le pasa ahora, tenorio?

Jack apuntó con el dedo índice.

—¿Es posible que no reconozcáis esa cara?

Burt soltó un respingo.

—¡Que me condenen! —exclamó, apoyando la mano en el «Colt»—. ¡Si es el tipo que hemos buscado hasta debajo de las piedras!

Slim quedó con la boca abierta, parpadeando incrédulo.

—¡Farwell! ¡Es Jess Farwell! ¡El tipejo que se nos escurrió durante una semana! ¡Madre mía, qué mundo éste!

Farwell los miró uno a uno.

—Ustedes son los «rurales» —recalcó la palabra—. A mí no se me han despintado ni un momento.

Un largo silencio reinó en el interior del local Slim recobró su actitud irónica y ladeó la cabeza, contemplando a Farwell.

—¿Cómo se te ha ocurrido esta locura de salimos al encuentro?

—El mundo es un pañuelo —dijo Jess.

Slim sonrió, divertido.

—¿Oís, chicos? El amigo tiene su filosofía Mira, Farwell. He visto muchos locos, pero, palabra, que tú eres el que más me ha llamado la atención.

—¿Por qué? —indagó Farwell.

Slim se acarició el labio inferior con el dedo.

—No me explico ese repentino cambio de idea. Has huido como un conejo durante estos días, y eso que teníamos ganas locas de encontrarte ¡Condenación, lo que hubiera dado por echarte el ojo

desde el primer día!

Jack carraspeó, anunciando que iba a hablar.

Los demás lo atendieron.

—Yo tengo una idea, chicos.

Slim se mostró doblemente asombrado.

—¿Tú tienes ideas, Jack? ¡Hoy no acaba uno de sorprenderse! ¡Escúpela de golpe, pequeño!

Jack trató de darle forma al pensamiento en su cerebro de mosquito y para eso arrugó repetidas veces el ceño.

—El tipo ha esperado que nos separáramos de los otros para damos el mate El refrán de mi abuelo era: «Divide y vencerás».

Slim y Burt se quedaron con la boca abierta.

—¡Que me ahorquen! —exclamó Slim—. ¿Será posible o estoy soñando? ¿Es de veras eso, Farwell?

—Algo tiene de verdad —asintió Farwell—. Sentía vivos deseos de aclarar esta situación. Desde lejos me olí que estaba ante unos «rurales» de pega.

Una breve pausa siguió a las palabras de Farwell Jack, animado por el éxito, continuó:

—Bien, chicos. ¿Cuándo le damos la dosis?

Slim codeó al boquiabierto Burt, y todos quedaron en pie.

—Ahora mismo. Lo que más me gusta de esto es que vamos a darle al jefe una buena versión del asuntejo. Se va a quedar tendido de estupefacción cuando le anuncie que el chico ha muerto, gracias a nuestro cacumen.

Burt prorrumpió en una carcajada.

—Desde ahora vamos a ser algo entre los jefazos, ¿eh, amigos?

—Le hincharé la aventura para que no crean que ha sido tan fácil ¡Gracias, suerte loca!

Jack escupió con jactancia:

—«A la de tres» sacaremos todos, ¿conformes?

Los oyentes de Jack, incluso Jess, asintieron con sendos gestos.

El dueño del local se acordó en aquel momento de que tenía tortas al fuego, y se largó corriendo por el extremo del mostrador hacia la trastienda.

Un periquito que había en una jaula del rincón dijo algo ininteligible.

Los contendientes se miraron con fijeza.

Slim sonrió, lleno de satisfacción, con el pensamiento puesto en la escena que se desarrollaría en el despacho del jefe cuando le dieran la noticia.

Jack dijo de pronto:

—¡Tres…!

Los «Colt» salieron a relucir y tronaron por orden.

Primero vomitó plomo el de Slim, pero la bala se perdió en el lugar que acababa de dejar Farwell.

Burt disparó al instante, y su plomo peinó el mechón de pelo que caía a un costado de la cabeza de Jess.

Jack hizo fuego dos veces, buscando el cuerpo zigzagueante de Farwell, pero se interrumpió cuando le tocó el turno a éste.

Jack notó súbita dificultad en respirar porque tenía un plomo alojado en el pulmón derecho Quiso toser para despejarse los bronquios, pero la boca se le llenó de algo pastoso y cayó ahogado hacia delante.

Slim recibió su parte cuando trataba de tirar del gatillo nuevamente Un impacto en plena frente le borró del pensamiento la escena del despacho y la visión fue sustituida por una eterna oscuridad.

Burt sintióse herido de lleno en el pecho, y pegó un salto hacia la izquierda, con los ojos desorbitados en busca de la puerta. Logró alcanzarla con la respiración contenida y al quererla reanudar se encontró con que el aire le faltaba y respiraba con el agujero del pecho. Soltó un grito de espanto y cayó muerto, de la tremenda impresión.

Jess tosió un par de veces al olisquear el espeso humo de pólvora que invadía el ambiente y que se le metía en la garganta, subiéndole la picazón, hasta los ojos.

Enfundó lentamente y contempló los cadáveres esparcidos por el suelo.

Los batientes de la entrada se movieron frenéticamente porque no permitían el paso del que pretendía entrar, debido al cuerpo inerte de Burt, atascado en la parte inferior.

Utilizando la bota, el de fuera logró quitar el embozo y entró saltando por encima del cadáver.

—¡Quite las manos de las armas!

Jess observó a un hombre de unos cincuenta años, que ostentaba

una estrella de *sheriff* en la camisa.

—Hace rato que la enfundé, *sheriff*.

El representante de la ley casi no le oyó, consternado ante la carnicería que presentaba el local.

—¡Sangre de un millar de búfalos! —exclamó—. ¿Ha hecho usted sólo todo esto?

Jess se volvió directamente hacia él.

—La suerte también tuvo su parte.

El *sheriff* levantó la mirada hacia aquel hombre que era capaz de manejar un revólver como si fuera un cañón Laffite.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jess Farwell.

El *sheriff* rebuscó en vano en su pensamiento.

—Nunca oí hablar de usted.

—Vengo de Iowa.

—Iowa, ¿eh? ¿Ha venido especialmente a matar a estos sujetos?

—No, *sheriff*. Soy huésped de Buster Evans.

El representante de la ley entrecerró los ojos.

—¿Qué me dice? ¿Usted es el hombre de la simiente milagrosa?

Jess se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Si quiere llamarla así… La verdad es que sólo vine a poner en práctica los métodos de cultivo de los que ya ha oído hablar usted. He tenido varias dificultades en mi camino y los problemas no acaban, sino que se redoblan.

—Farwell, no me explico…

Jess se acercó al *sheriff*.

—Usted sabe algo de las agresiones de que ha sido objeto mi amigo Buster.

—Recibí un par de denuncias Pero diga, por favor. Lo suyo es más interesante.

—Estos tres individuos formaban parte de la tormenta que empieza a desencadenarse sobre Buster. Al parecer, algunas personas no desean que prospere el cultivo del maíz compuesto Bien, *sheriff*, desde que salí de Iowa, han atentado varias veces contra mí Parece que se empeñan en que Evans no reciba ayuda de ninguna clase.

El *sheriff* tenía las gruesas cejas muy juntas, en el esfuerzo por hacerse cargo del asunto.

—¿Qué tienen que ver estos tres sujetos? Empiece por ahí. Esta gente era tristemente conocida en estos parajes.

Jess respiró con fuerza.

—En realidad, tenía vivos deseos de comunicarle a usted un enredo que se llevaron desde la mitad de mi viaje.

—Le escucho, Farwell.

Jess se apoyó en el canto de una mesa y pasó la palma de la mano por el tablero.

—Estos sujetos iban en compañía de otros tres y se hacían pasar por agentes rurales.

El representante de la ley enarcó ligeramente las cejas.

—¿Qué me dice?

—Me acosaron desde varios días antes de mi llegada, afirmando a la gente que iban tras el rastro de un forajido llamado Jess Farwell. ¿No le parece cosa de teatro?

El *sheriff* Simpson gruñó:

—La verdad es que es muy propio de estos sujetos. No sabe el trabajo que nos han dado a los *sheriffs* de estos contornos Una vez asaltaron el Banco de Rapid City, haciéndose pasar por una comisión de Ayuntamiento.

—Esta vez estoy seguro de que han sido pagados por los enemigos de Evans. No encajaría de otra forma.

El *sheriff* asintió, dando unas cabezadas.

—De acuerdo, Farwell Trataré de colaborar con ustedes. Entretanto, le ruego que ande con cuidado Puede tener más de un enemigo apostado por un portal para dejarle ir un plomo por la espalda. Ahora voy a dar órdenes para que retiren esto.

Hizo un gesto abarcando los cadáveres y salió.

Jess se encaminó hacia la salida.

La gente que se había agolpado en ella, le abrieron paso, mudos de respeto.

A cien yardas de allí, descubrió a la joven que discutió con los forajidos.

Jess cubrió la distancia que los separaba y, cuando estaba cerca, la vio empuñar un rifle por debajo de la manta del pescante.

CAPÍTULO VI

Jenny se inclinó por encima del vehículo y le enseñó los dientes.

—Le estoy apuntando, Farwell. ¿Qué clase de historia lacrimosa le ha endilgado al bobalicón del *sheriff* para engatusarlo?

Farwell alzó el ala del sombrero y apoyó la mano en la rueda delantera.

—Señorita, usted se las pinta, sola para trastornar las cosas.

—¡Déjese de hacer el comediante!

—Oiga, ¿qué le pasa? —Ladeó la cabeza Jess—. ¿Es que no comprendió el truco de aquella gente?

—¡Aquel individuo dijo bien claro que usted era de los de ellos! ¡No soy tan tonta como el *sheriff*!

Jess hizo un gesto de impaciencia.

—Mire, joven Yo entré allí dejado caer. La vi en un enredo con aquellos tipos… A propósito, ¿ha recuperado sus cosas?

Jenny aspiró aire con fuerza, lo que destacó su busto alto, firme y bien formado.

—Debió reírse muy a su gusto, ¿verdad, vivales? ¡Ande niéguelo!

—Lo niego —Jess no sabía exactamente de qué hablaban, distraído en los encantos de ella.

—Ya veo la clase de individuo que es usted —Jenny adoptó una actitud sarcástica—. Tenía justos compañeros para sus fechorías. Apuesto a que discutieron por una nimiedad y se liaron a balazos. Siempre ocurre lo mismo.

—No siga, señorita. Acabará afirmando que partimos las pajas cuando nos fuimos a repartir su ajuar.

—Se lo toma a risa, ¿eh? ¡En mi vida he visto a un sujeto más desvergonzado que usted!

Jess resopló con fuerza. Aquella chica tenía la rara virtud de hacerle perder el dominio de sus reacciones.

—Bien, Jenny Ya se pondrá al corriente Usted…

—¿Cómo sabe mi nombre? —Se engalló la muchacha.

Farwell cerró la boca al sentirse interrumpido y apretó los labios.

—Oí a esa gente como comentaba su nombre en relación con el suceso.

—¡Eso es lo que, se gana con alternar con tipos como usted!

Jess alzó las cejas. La muchacha era el colmo.

—Pero ¿qué dice ahora?

Jenny le mostró nuevamente sus dientes pequeños y juntos.

—Me refiero a que voy a dar que hablar. Saben que yo estaba allí, en pleno jaleo, y me va a ser difícil demostrar que quería recuperar mis cosas robadas. Nunca se saca mucho lustre cuando se ve a una persona honrada mezclada con gente de avería.

—Apúntese un tanto, señorita —dijo Jess, pensativo—. Pero usted queda muy al margen de todo esto.

Jenny le dirigió una mirada recargada de enojo.

—Incluso ha venido a dirigirme la palabra como si tal cosa, apenas ha acabado de descargar el revólver contra aquella gentuza ¡Márchese de aquí de una vez!

Farwell se armó de paciencia y dejó escapar poco a poco el aire que tenía retenido en los pulmones.

—Está bien, encanto Voy por un disfraz de viejo buscador de oro para cuando tenga la ocasión de encontrarme con usted.

Jess se separó del vehículo, tocándose el ala del sombrero.

Jenny exclamó con rabia:

—¡Usted no me daría el timo ni disfrazado de Papá Noel, comediante!

Jess se detuvo en seco, pero optó por dirigirse hacia el almacén general.

Jenny lo vio empujar las puertas y desde allí cambió con él una mirada retadora.

—Simpático individuo, ¿eh, Jenny? —dijo una voz detrás de ella.

La muchacha se volvió en el pescante, deteniendo el movimiento de las riendas.

—¡Hola, Dan!

Dan Smith, socio de Douglas Murdock, se acercó, sonriente.

—Cuando veo hablar un hombre contigo, noto retortijones en el estómago, Jenny.

Jenny ladeó la cabeza burlonamente.

—Le ha dado muy fuerte, Dan.

El socio de Murdock cambió el semblante, a causa de la proximidad de la chica.

—Jenny…

—¿Qué, Dan? —Parpadeó la muchacha.

Dan Smith tosió con fuerza y pareció cambiar de pensamiento.

—Mira, chica Voy ahí dentro a encargar una libra de alpiste para los canarios mexicanos Ya sabes lo que amo a los animales. Espera y me llevarás hasta la encrucijada. ¿Quieres?

Jenny lo pensó un segundo, pero asintió.

—Está bien, Dan Pero dese prisa.

El socio de Murdock se dio vuelta y se introdujo en el local del que acababa de salir.

Dos sujetos le salieron al encuentro.

Dan Smith recobró su mirada fría.

—Lo que me suponía, muchachos. El tipo se ha cargado a los tres.

El de la derecha reflejó temor.

—¡Que me maten, jefe! ¡Slim y los otros dos eran buenos con el «Colt»! ¿Él solo?

Dan asintió, con el rostro hecho una máscara.

—Jess Farwell se los ha cargado, solito. No veo más remedio que darle la batalla en tropel Poneos en contacto con los demás, a ver si le colocamos un cepo cuando esté de regreso.

El que no había tomado la palabra abrió la boca:

—Oiga, jefe, ¿no viene con nosotros?

—Voy a acompañar a la señorita Gilbert.

El tipo curvó la boca en una mueca de sorna.

—Esa chica le está trastocando los sesos, jefe.

Dan cuadró las mandíbulas.

—Un día te pegaré tal revés, que tendrás que comer sopas el resto de tu vida. No lo olvides, *Jet*.

Jet se tragó la píldora y no abrió ya los labios.

Dan se fue hacia la salida y, cuando vio a Jenny esperándole en el pescante, ensayó la sonrisa que volvía locas a las chicas de diez millas a la redonda.

—Nena —dijo—. Que me esperes es algo tan nuevo para mí, que me hace temblar por dentro.

Jenny le miró pacientemente.

—Suba de una vez y no haga más el tonto, Dan.

Jess Farwell salió del almacén general, habiendo solicitado al vendedor una serie de pedidos de sustancias químicas, que recibiría a los pocos días.

Recogió al viejo capataz de Buster en el saloon de La Espuela, quien tenía preparados los caballos.

—¡Rayos y truenos, señor Farwell! ¡La gente no hace más que hablar del triple duelo que ha mantenido en el local de Stevens!

Jess montó en el caballo.

—Vamos a casa, Peter Me lo contarás por el camino.

Los dos hombres salieron del pueblo.

Jess percibió la mirada brillante del viejo.

—Señor Farwell, no quisiera ser pesado, pero me gustaría que me contara lo que pasó.

—¿Quién es la chica? —preguntó Jess a su vez.

El viejo se revolvió en la montura manteniendo las riendas, y en sus ojillos se advirtió una chispa picara.

—Le ha dado el golpe, ¿eh? —sonrió con un par de dientes—. Ya vi, desde la puerta del saloon, que estaban muy entusiasmados.

Jess le dedicó una mirada de reconvención.

—Deje los cotorreos, Peter.

El viejo soltó una carcajada y guiñó un ojo.

—¡Ah, si yo tuviera su edad, muchacho!

Jess se detuvo en la loma y dejó las riendas tensas para evitar el caracoleo del caballo.

—Le he preguntado quién es la chica, por simple curiosidad. No vaya más lejos de mis palabras.

Peter Miller escupió contra la cabeza de una lagartija que asomaba por entre dos peñas y soltó una imprecación en voz baja al no acertar.

—La chica es la propietaria de un buen montón de acres de terreno más al norte También se dedica al maíz Vive con un

hermano de su padre, y entre los dos sacan aquello adelante.

—Tiene temperamento —dijo Jess, aunque pensaba en voz alta.

—¡Infierno, vaya si lo tiene! Y eso es lo que causa estragos, unido al envase de primera calidad. Hay un montón de ricachones que van de coronilla por ella.

Jess guardó silencio.

El viejo continuó, después de tener relativo éxito con la lagartija:

—Sobre todo un tipo de los grandes en Bluetown.

—¿Quién es? —se oyó preguntar a sí mismo Jess.

—El administrador de Douglas Murdock. Los dos son algo especial para prosperar un negocio. En pocos años se han convertido en los principales de estos andurriales.

—¿Era aquel hombre que se marchó con ella?

El vejete sonrió con la experiencia de toda una vida.

—Conque de espionaje a estas alturas, ¿eh? —Luego, tosió—: Sí, el hombre es Dan Smith, el administrador de marras…

Las palabras de Miller fueron cortadas por una andanada de plomo que pasó aullando por encima de sus cabezas.

—¡Eructos de Satanás! —gritó Peter, pegando un salto en la silla —. ¡Eso es para nosotros, señor Farwell!

—Para mí —Jess espoleó con energía el caballo y arrancó prestamente—. ¡Vuelva al pueblo, Peter!

—¡No puedo dejarlo en el atolladero, muchacho!

Jess se revolvió con impaciencia, la vista fija en los jinetes que bajaban por la loma.

—¡Haga lo que le digo! ¡Esfúmese, abuelo!

Peter asintió, asustado, y salió disparado en su caballejo, como alma llevada por el diablo.

Jess contó ocho jinetes y no se entretuvo en replicar al fuego, deseando obtener la más mínima ventaja.

Bordeó la ladera, ocultándose en las irregularidades del terreno, pero algunas balas le demostraron las posibilidades de sus perseguidores.

Unos segundos más y no tendría dónde esconderse.

Hincó las espuelas en los flancos del animal y entró en las estribaciones de un bosque en forma de franja alargada.

Empezó a sonreír ante la perspectiva de una huida fácil, cuando

en aquel momento una andanada demasiado baja, alcanzó al animal.

Jess saltó de la silla, lanzando una imprecación y corrió al bosque con todas las fuerzas de sus piernas.

Entonces descubrió por el resquicio de los árboles el vehículo de Jenny, detenido al otro lado.

CAPÍTULO VII

Jenny Gilbert se volvió hacia el bosque, con la alarma pintada en el rostro.

—¡Dan, deje esas flores silvestres y venga de una vez! ¿Es que no oye los estampidos?

Jenny vio por el rabillo del ojo al hombre que aparecía con la cabeza baja, y estimuló a la yegua del carromato.

Cuando subió su acompañante, salieron velozmente, haciendo rechinar las ruedas.

Jenny oyó un grito entre los árboles y vio aparecer a Dan con un ramillete en la mano.

Dio un respingo y se volvió hacia el que creyó era Dan.

—¡Usted! —exclamó al ver el rostro de Farwell debajo del sombrero.

—¡Métase debajo del pescante, muchacha!

Ella soltó un grito.

—¿Cómo ha tenido el valor…?

Jess no le contestó, entretenido en la dirección del vehículo. Había escogido aquel medio de escape, consciente de que no correrían ningún peligro Cuando los otros reemprendieron la persecución, ella y él estarían lejos y no habría peligro para la chica.

—¡Deje el mando en mis manos! —gritó Jess.

—¿Es que quiere que perdamos la cabeza? —gritó ella, sobreponiéndose al fragor de la cabalgada.

—¡Suelte o vamos a quedar colgados de algún árbol! —Jess desasió las manos de la chica de la rienda que todavía sujetaba.

El vehículo bailoteó por el accidentado camino, y una de las llantas salió despedida por un costado.

Pero, unos minutos después, Jess se percató de que sus perseguidores aparecían en aquel lado del bosque, completamente desorientados y a pie.

Dio un rodeo en medio de las protestas de la chica y unos minutos después quedó convencido de que habían perdido de vista a los sabuesos.

Desde lo alto de una loma, observó con satisfacción las idas y venidas de los jinetes hasta que los vio enfilar por el sendero que conducía al norte.

Jenny se puso en pie sobre el pescante con las pupilas destellando ira.

—¡Ya estará contento con su nueva truhanería! ¡Ha dejado al señor Smith a merced de esos forajidos!

Jess se enjugó el sudor que le cubría la frente.

—Le aseguro que Smith no les importaba un rábano. Era mi sangre lo que querían.

Ella lo miró con las mejillas arreboladas por la indignación.

—Así es que no puede estar ni una hora sin vivir a salto de mata, ¿eh? ¡No me extraña que tenga a media humanidad detrás de sus pasos! ¡Seguro que debe por allá donde pasa!

Jess la contempló a su gusto.

—Pero, encanto. ¿Es que usted no sabe hablar en otro tono distinto? Todavía no le conozco la voz tranquila y normal.

—¿Qué tono quiere que emplee? —Jenny agitó el pecho iracundo—. ¡Desde hace un rato no me lo puedo quitar de encima ni con un sacudidor! ¿Es que voy a verme siempre mezclada en sus sucios asuntos?

—Procuraremos que eso no suceda más —Jess resolló por el esfuerzo de la huida.

Jenny lo miró con la interrogación en los ojos.

—Está bien, señor Farwell —dijo entre dientes—. Ahora, tiene la amabilidad…, ¡deje de pisar este vehículo!

Jess bajó de un salto.

—Me hago cargo de la indirecta.

Jenny arrolló las riendas en su mano con un gesto enérgico.

—Y atienda bien, señor Farwell ¡La próxima vez que lo vea aparecer debajo de mis pies, le aseguro que no le saldrá muy bien!

Dicho esto, Jenny hizo arrancar el vehículo, alzando la barbilla

como una reina.

Jess oyó los cascos de un caballo a sus espaldas y empezó a sacar el revólver, más lo dejó caer de nuevo en la funda al reconocer al viejo Peter.

—¡Señor Farwell! —gritó Peter, con voz enronquecida por el susto pasado—. ¡Todavía me tiemblan las piernas!

Jess anduvo hacia él.

—No ha obedecido mis órdenes, ¿eh, Peter?

—¿Se refiere a largarme al pueblo? ¡Infiernos, no podía hacerlo! Esos tipos se han empeñado en agujerearle la piel. ¿Sabe lo que haría yo, si estuviese en su lugar? Echar a correr hasta estar de regreso, en mi casa.

Jess le dedicó una sonrisa.

—Siempre me han gustado los lugares en donde uno puede divertirse.

El abuelo se quedó con la boca abierta.

—De modo que a usted todo esto le resulta divertido.

—Mucho, abuelo. Ande, hágame un sitio.

Trepó a la montura, tras de Miller, y continuaron el viaje a la granja de Buster Evans.

Douglas Murdock vio, entrar a Dan Smith y al instante su boca se torció en una mueca.

—¿Cómo ha podido fallar, Dan?

Los ojos del aludido brillaron furiosos.

—No he conocido a un tipo con más suerte que ese fulano.

—Nunca he dejado de reconocer los méritos de los demás. No creo en la suerte. Lo único que pasa es que Jess Farwell es demasiado bueno para vosotros.

Dan se dejó caer en un sillón, pellizcándose preocupadamente el labio inferior.

—Lo liquidaremos.

—¿Cómo?

—Existen muchos procedimientos para desembarazarse de un hombre.

—Dime de uno que sirva para Jess Farwell.

—He traído conmigo a Bill Taylor Como recordarás es el único amigo que tiene por aquí Buster Evans.

—Pero Taylor no es un hombre hábil con el revólver —He

prometido quinientos dólares, si se carga a Jess Farwell. Naturalmente, tendrá que hacerlo por la espalda.

Murdock sacudió la cabeza.

—No está mal pensado eso.

—En cuanto Farwell esté muerto, meteremos mano a Evans y todo volverá a ser como antes.

—Bueno, las cosas se enderezarán. Así me gusta, Dan, que pienses con la cabeza.

CAPÍTULO VIII

Jess Farwell y Buster Evans se habían sentado en el porche, en sendas mecedoras.

El sol estaba ya en su ocaso.

Oyeron una galopada, y Evans echó el cuerpo hacia delante, observando al jinete, que bajaba por la ladera de la izquierda Jess llevó la mano a la funda del revólver.

—No tienes que preocuparte, muchacho —dijo Buster—. El que llega es mi mejor amigo Bill Taylor.

Al cabo de un minuto, Taylor llegó ante la empalizada y descabalgó, acercándose al porche. Era un tipo de unos cuarenta años, de mediana estatura, piernas muy abiertas en paréntesis y cara alargada, donde brillaban dos ojos muy juntos.

—Buenas tardes, Buster.

—¿Cómo te va, Bill?

—Regular, solamente.

—Te presento a Jess Farwell, un estupendo muchacho.

Cambiaron un saludo y luego Taylor se sentó en la barandilla y sacó una bolsa de tabaco. Los tres liaron su cigarrillo y cuando ya estaban fumando, Taylor dijo:

—Oye, Buster, me hablaste de un líquido para matar el gorgojo.

—¿Qué te pasa?

—Almacené la mazorca temprana en una de mis naves, y resulta que apareció el gorgojo de la temporada pasada. Si no me doy prisa en acabar con los bichos, serán ellos quienes acaben con mi maíz.

Evans sonrió.

—Precisamente fue Jess quien me mandó la fórmula, y me queda bastante en el almacén Te podré dar medio kilo de polvo, y creo que tendrás bastante para limpiar tu nave. A mí me fue muy

bien el año pasado.

—Te lo agradezco.

—Los amigos estamos para ayudarnos —dijo Buster, y se levantó de la mecedora.

Bajó del porche y desapareció por una de las esquinas de la casa.

Bill Taylor quedó a solas con Jess.

—¿Qué es aquello? —preguntó de pronto Taylor, mirando hacia la parte del campo situada a las espaldas del joven.

Jess saltó de la mecedora, mirando a lo lejos Vio el maizal mecido suavemente por el viento.

—¿Qué es lo que ha visto, Taylor?

—Me ha parecido descubrir a un hombre entre las cañas. Lo juraría.

—Es posible que no se equivoque. Nuestro amigo Buster está siendo objeto de un atentado tras otro.

—Aquí estoy para ayudarle. ¿Qué le parece si vamos cada uno por un lado y sorprendemos a ese tipo?

Jess miró a los ojos de su interlocutor.

—¿Se atreve, Taylor?

—Buster es el mejor hombre que he conocido y, si le hago un favor, yo digo que es como si me lo hiciese a mí mismo.

—Estupendo, Taylor Usted, por la derecha, y yo, por la izquierda.

Desenfundaron los revólveres y, bajando del porche, se encaminaron al campo, donde supuestamente Taylor había descubierto al intruso. Se separaron y cada uno de ellos se abrió paso por entre las cañas, siguiendo direcciones opuestas.

Taylor sonreía para sus adentros Todo le había salido bien. Demonios, él era un tipo muy astuto Resultaba bonito aquello de ganarse quinientos dólares por liquidar al entrometido de Farwell. Siempre había obtenido dividendos de aquel lema suyo: «Sé amigo de todos y podrás aprovecharte en tu beneficio».

Se adentró en el campo como cosa de treinta yardas, y luego trazó un círculo, llegando hasta el límite del maizal. Entonces, retrocedió yendo al encuentro de Farwell Calculó que el joven debería hallarse hacia el centro del campo. Estaba acostumbrado a caminar por el terreno irregular porque llevaba muchos años dedicado al cultivo del maíz. Apostó a que ni siquiera un gato

caminaría con su sigilo. Se detuvo al ver moverse unas cañas a cosa de diez yardas.

Sintió el latido de su sangre en las sienes Bueno, ¿es que iba a tener miedo ahora? Avanzó un poco más y se detuvo al ver entre las cañas a su víctima. Estaba acuclillado, inmóvil, a la espera.

Levantó el revólver y, sin pestañear, lanzó dos disparos.

Las dos veces hizo blanco y vio como el cuerpo se estremecía y finalmente caía hacia delante, quedando de bruces entre dos cañas, que dobló bajo su peso.

Taylor dio un suspiro de alivio Bien; ya estaba hecho, y eso sólo quería decir que, en cuanto se llegase a la hacienda de Murdock, Dan Smith le pagaría quinientos dólares por su faena.

Tenía el rostro bañado en sudor y sacó su pañuelo, con el que se enjugó.

De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—Ha hecho un buen trabajo, Taylor.

Se revolvió bruscamente, con el revólver todavía en la mano, y tuvo la impresión de que el espanto le iba a paralizar el corazón. Allá frente a él se encontraba Jess Farwell.

El joven le señaló el revólver:

—Cuidado, Taylor, me está apuntando y usted parece un poco emocionado Baje el cañón.

Taylor, sin poder articular palabra alguna, bajó el arma como un sonámbulo Jess se le acercó.

—¿Qué le pasa, Taylor?

Se mojó los labios con la lengua.

—Es la primera vez que mato a alguien —logró decir en un susurro.

Jess alargó la mano y, quitándole el arma, él mismo se la enfundó al muslo.

—Bien, Taylor, vamos a ver quién es el tipo.

Taylor sentía que un sudor frío le bañaba todo el cuerpo. Echó a andar como un autómata, acercándose al cuerpo que yacía entre las cañas.

Jess pasó la bota por debajo del cadáver y le dio la vuelta.

Taylor sintió que se le doblaban las piernas. Él conocía a aquel sujeto. Era Spencer Allyson, uno de los hombres al servicio de Douglas Murdock.

Jess lo sostuvo por la espalda.

—Animo, Taylor, ¿es que se va a desmayar ahora?

Oyeron ruido de una carrera y Buster Evans llegó ante ellos, resoplando Miró el cadáver que había en el suelo.

—¡Repámpanos! Es Spencer, uno de los tipos de confianza de Murdock. ¿Qué hacía aquí?

Jess respondió:

—Indudablemente, se llegó para darme el pasaporte a traición Por fortuna, tu amigo Taylor lo descubrió antes de que pudiese apretar el gatillo.

Taylor, un poco repuesto, forzó una sonrisa.

—Debo irme a casa. No me encuentro muy bien.

Sin agregar otra palabra, echó a andar, haciende eses como un borracho. Cuando ya estaba lejos, Evans le gritó:

—¡Eh, Bill! ¡En el porche encontrarás los polvos contra el gorgojo!

Taylor sacudió la cabeza y desapareció entre las cañas.

Evans miró a Jess, el cual había adoptado una actitud pensativa.

—Es una suerte que Taylor se haya dejado caer por aquí tan a tiempo.

—Sí, pero esto ha sido una carambola.

—No te comprendo.

—Es la mar de sencillo Taylor vino aquí para liquidarme.

—¡No!

—Sí, Buster. Él no había visto a nadie en este campo Me atrajo para meterme un par de balas por la espalda —señaló los restos de Spencer—. Justo las que ha recibido este facineroso. Lo único que pasó es que él se confundió de tipo, aunque al disparar estaba seguro de que lo hacía contra mí Taylor debía ir a la otra parte del campo, pero dio la vuelta para sorprenderme Por ello ha estado a punto de desmayarse cuando descubrió que seguía vivo.

Evans soltó un bufido.

—Si tú lo dices, tendré que creerlo.

—No me gustó la cara de Taylor apenas lo vi Me dio la impresión de que era un hipócrita, y los hechos han demostrado que acerté.

—Lo siento por Taylor Creí que era un verdadero amigo.

—Tal como están las cosas, no debes fiarte de nadie, Buster.

—Sí, Jess. Tienes mucha razón.

—Bueno. Ahora tengo trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que este tipo pertenecía al equipo de Murdock Voy a devolverle el cadáver.

—No, Jess. Tú no harás eso.

—Quiero echar una parrafada con ese tipo.

Jess se puso el cadáver de Spencer sobre la espalda y lo llevó hacia la casa Buster protestaba:

—Vas a cometer una locura, Jess. Será como meterte en la boca del lobo.

—En ciertas ocasiones es conveniente saber cuántos dientes tiene —hizo una pausa—. Voy a por el caballo de este tipo. Lo debió dejar cerca.

Encontró la montura al otro lado del campo en una hondonada, y regresó a la casa, colocando el cadáver cruzado sobre la silla y asegurándolo con el lazo. Luego ensilló una de las monturas de Buster.

Éste hizo un último esfuerzo por disuadirle:

—Oye, muchacho, lo nuestro es el maíz.

—Sí, Buster Pero nunca podrás recoger tu cosecha mientras no asegures tu vida. Esos fulanos se han propuesto acabar contigo y con tu hacienda. Vine aquí para enseñarte unos cuantos secretos del maíz, pero nunca los podrás poner en práctica, si estás metido en una caja de pino.

—Pero ellos son muchos, Jess.

Jess se tocó el «Colt».

—Si quieren plomo, lo tendrán. ¿Por dónde cae la hacienda de Murdock?

Evans se lo indicó e inmediatamente Jess se puso en camino.

Llevaba recorridas dos millas de las seis que separaban los campos de su amigo de los de Murdock cuando vio aparecer por el camino el carruaje de Jenny.

La joven tiró de las bridas cuando estuvo cerca de él e hizo un gesto de asombro al verlo acompañando otro cadáver.

—Oiga —exclamó—. ¿Es que usted no descansa si no mata a una docena de hombres diariamente?

—Casualmente yo no he matado a este hombre, muchacha.

—Claro que no —repuso ella, cáustica—. Usted no lo hizo. Fue él mismo que, cansado de vivir, decidió suicidarse y lo hizo metiéndose dos balas por la espalda.

—¿Cree de verdad que yo podría hacer tal cosa, Jenny…?

La miró intensamente a los ojos, y ella fue incapaz de resistir esa mirada. Se mordió en el labio inferior como si no acertase al pronto con una respuesta y por último dijo:

—Tengo mucha prisa, señor Farwell. ¿Quiere dejarme libre el camino?

Jess sonrió y se apartó.

Entonces la muchacha movió rápidamente las bridas y reemprendió su camino.

Jess permaneció quieto hasta que ella desapareció.

CAPÍTULO IX

Douglas Murdock estaba apoyado en la empalizada, mientras, en el recinto, uno de sus hombres domaba un potro.

Dan Smith llegó a su lado, mordisqueando una brizna de hierba.

—Buenas noticias, socio.

Murdock apartó la mirada del caballo salvaje para detenerla en la cara de Dan.

—¿Ya ha hecho Taylor su trabajo?

—Todavía no tuve noticia. Se trata de Spencer.

—¿Qué pasa con él?

—Uno de los muchachos, Tim, me acaba de decir que Spencer se enteró de que yo daba los quinientos dólares a Taylor por la muerte de Jess Farwell. A Spencer le ha faltado tiempo para largarse a la casa de Buster para ganarse la recompensa.

—De modo que ahora son dos los tipos que van a tirar contra Farwell por la espalda.

—Sí, Doug —Smith sonrió—. Esta vez Farwell irá derecho a la tumba.

—He estado pensando en la simiente de Buster Evans Creo que, si la conseguimos, liquidaremos el rancho para dedicar toda la tierra al cultivo del maíz.

—Sí, Doug. Es una buena idea. He visto las mazorcas de Evans, y me quedé sin respiración Cada una de ellas vale por dos de las nuestras.

Murdock sonrió.

—Nos convertiremos en los principales proveedores de maíz del medio Oeste.

Dan Smith desparramó la mirada por el valle.

—Opino que tenemos poco terreno para llegar a eso.

—No sólo plantaremos la nueva simiente en el valle.

—¿Adónde quieres ir a parar, Doug?

—Si eliminamos a Farwell, empezaremos por comprar el terreno de Evans.

—Caramba.

—Y ése sólo será el comienzo. Luego limpiaremos a los Jordan y a los Benson y a los Bannister…

Dan Smith se rascó el cogote, echándose el sombrero hacia delante.

—Si fuese así, no habría nadie que nos tosiese.

—Será, Dan —sentenció Murdock.

De pronto un hombre gritó:

—¡Eh, señor Murdock, tenemos visita por el Este!

Los dos socios se volvieron hacia aquella dirección Por una ladera descendía un jinete, en cuya mano derecha portaba las bridas de otro caballo, sobre cuya silla había un cuerpo atravesado.

—¿Quién es, Dan? —preguntó Murdock.

Smith tartamudeó y por fin pudo decir:

—Es imposible… No puede ser.

—No hace falta que lo digas —replicó Murdock—. Es él, ¿verdad…? Jess Farwell. ¿A quién trae?

—A Spencer.

Farwell avanzaba lentamente, percatándose de todo lo que le rodeaba.

Dan Smith dijo:

—Es un loco.

Rodeando el cobertizo donde se domaba el potro, sólo se hallaban Murdock, Smith y otros dos peones.

Los demás estaban lejos de la casa, cuidando del ganado o roturando nuevos campos para la plantación de maíz en la próxima temporada.

Jess Farwell continuó su camino hasta hallarse a dos yardas de Murdock y de Dan Smith. Entonces detuvo su cabalgadura Miró a los dos hombres y luego se dirigió a Murdock:

—Me imagino que usted es Douglas Murdock.

—¿Cómo lo sabe? ¿O es que me va a decir que es usted también adivino, señor Farwell?

—Uno tiene que ser un poco de todo para poder seguir viviendo

—Jess señaló con el dedo el cadáver de Spencer—. Le traigo a uno de sus hombres, Murdock.

Doug miró el cadáver y asintió.

—Trabajaba para mí, pero justo hace un par de horas lo licencié de mi equipo Poseía mal carácter.

—Intentó asesinarme, Murdock.

—¿Ve usted? Era un tipo con malos instintos Por eso me lo quité de encima —Murdock se rascó una patilla—. Hoy día el mundo está un poco revolucionado y uno ha de tener mucho cuidado con la gente.

—Me gustaría creerlo, Murdock.

—¿Piensa que le estoy mintiendo?

—Usted lo acaba de decir. Hoy en día uno no puede confiar en nadie.

Doug rió.

—Me ha ganado usted por la mano, Farwell Tiene razón, pero, que yo sepa, si no acepta mi palabra, no puedo agregarle nada respecto a Spencer Allyson.

El *cowboy* había terminado de domar el potro y saltó a tierra, confiando el animal a sus dos compañeros.

Jess Farwell preguntó:

—¿Se dedica también a la cría de caballos salvajes?

—Llegué aquí con la intención de dedicarme a la ganadería —contestó Murdock—. Pero con el transcurso del tiempo me he convencido de que es con el maíz con lo que uno puede hacerse rico —sonrió—. A propósito de eso, Farwell. He sabido por Buster Evans que usted ha conseguido una simiente especial allá en Iowa.

—Sí.

—Estoy pensando que a usted le convendría asociarse conmigo Yo pondría el campo y los hombres, y usted su simiente.

—No puedo aceptar su oferta, Murdock.

—¿Por qué no?

—Estamos experimentando ese maíz compuesto ahora, y hay muy poca simiente Por otra parte, decidí conceder todo mi apoyo a mi amigo Buster. Para la próxima temporada, si el ensayo resulta con éxito, cualquiera de los demás agricultores de esta comarca podrá sembrar también el maíz compuesto.

—No, Farwell Yo no puedo esperar tanto tiempo La Compañía

Central de Granos ha enviado a dos agentes para comprar una buena cantidad de maíz Yo he sido el principal proveedor de la Compañía durante los últimos tres años, pero ahora su amigo Buster Evans se ha llevado el gato al agua.

—La Compañía Central de Granos no es el único cliente de ustedes.

—No, eso es verdad Pero la Compañía domina todo el mercado del medio Oeste. A mí no me interesa vender mi cosecha entre veinte o treinta clientes. Eso supone muchos embarques, trasiegos, operaciones bancarias y, a veces, un riesgo para cobrar el precio Quiero que la Compañía Central de Granos me compre solamente a mí.

—Suponga que eso llegase a ocurrir, que sólo usted vendiese a la Compañía, ¿qué sería de los demás agricultores?

—Eso no nos debe importar a nosotros nada. He pensado que se marcharán y entonces compraré sus campos.

—Ya le comprendo Quiere ser el monopolizador del cultivo del maíz en este condado.

—Dio en la diana.

—Yo tengo otra idea, Murdock.

—¿Cuál es?

—Hay sitio para todos La Compañía Central puede comprar toda la cosecha de ustedes.

—Si yo llego a ser el único vendedor, podré subir el precio. ¿Se da cuenta, Farwell? De esa forma obtendré muchos más beneficios. Déjese de tonterías y entre en la sociedad conmigo.

—Usted no sabe lo que dice, Murdock. Asegura que cuando tenga el monopolio del cultivo del maíz subirá el precio. ¿No se da cuenta de las consecuencias? Hay algo que debe contar, aparte de su beneficio.

—¿Sí?

—El interés del pueblo.

—¿Me va a soltar un discurso, Farwell?

—Será muy corto, Murdock. A un aumento del precio por parte del agricultor, le sucederá otro aumento por parte de la Compañía y, si el maíz se vende caro, los animales que se alimentan de él también subirán de precio en el mercado Ya puede suponer lo demás Toda la vida se encarecería. Subir de precio un artículo

supone el comienzo de una cadena porque, poco a poco, va aumentando todo lo demás —Jess hizo una pausa—. No, Murdock, no me voy a asociar con usted por una razón muy simple. No me gustan sus ideas.

—¿Por qué no se lo piensa mejor, Farwell?

—Ya está pensado y decidido. Aleje sus hombres de los campos de Buster Evans. Déjelo en paz, de lo contrario correrá la sangre en Bluetown.

Los ojos de Murdock chispearon.

—No me gusta que me amenace, Farwell.

—A mí tampoco me gusta que me utilicen como tiro al blanco.

Hubo una pausa y Jess señaló el cadáver que había conducido hasta aquel lugar.

—Aquí le dejo a Allyson. Dele usted sepultura.

Dan Smith habló por primera vez desde la llegada de Jess Farwell:

—Usted se ha metido en un juego en el que siempre perderá, Farwell.

—Todo juego significa un riesgo —repuso Jess—, y siempre que yo inicio una partida pongo la carne en el asador Recuérdenlo.

Inmediatamente espoleó su cabalgadura y ésta dio media vuelta y se puso a galopar.

Dan Smith llevó la mano al revólver para desenfundarlo, pero, como si hubiese sido visto por Jess, éste se descolgó de la silla, valiéndose de una sola mano, e instantáneamente Dan retiró su diestra de la culata Jess se mantuvo en su posición hasta desaparecer más allá de la casa.

Murdock hizo rechinar los dientes.

—¿Por qué no tiraste enseguida, Dan?

—No me dio tiempo.

—Tú ya tenías la mano en el «Colt». Yo sé lo que te pasó. Has tenido miedo.

—Maldita sea. Ese tipo ha demostrado ser un buen
gun-man.

Murdock echó una mirada al cadáver de Allyson.

—¿Qué es eso?

Los dos hombres se acercaron al cuerpo sin vida, observando las heridas.

—¡Lo ha matado por la espalda! —exclamó Murdock con voz triunfal.

—Comprendo tu idea Quieres dar parte al *sheriff*.

—Podemos hacer que lo condenen por asesinato.

—No está mal eso.

En aquel instante oyeron otro galope y alzaron la cabeza bruscamente, pensando que Jess Farwell volvía.

—Es Taylor —anunció Dan.

El agricultor llegó ante ellos y saltó de la montura. Su cara estaba pálida y llena de sudor.

—He estado escondido hasta que he visto desaparecer a Farwell.

Dan Smith se echó sobre él, agarrándole por el cuello de la camisa.

—¿Qué pasó, Taylor? ¿Por qué no lo mataste?

—Disparé, Dan. Le juro que disparé.

—Y no diste en el blanco, ¿eh?

—Sí. —Taylor bajó los ojos al suelo y luego los levantó poco a poco, deteniéndose en la figura de Allyson.

Dan abrió los ojos, comprendiendo lo ocurrido y, ciego de ira, descargó un puñetazo en la cara de Taylor.

El agricultor se derrumbó en el suelo, lanzando un grito.

Dan sacó el revólver.

—¿Te has percatado, Murdock?

—Sí —respondió su socio—. Este imbécil liquidó por equivocación a Allyson, tomándolo por Farwell.

Dan apuntó al estómago de Taylor.

—Te voy a matar, Taylor.

—¡No lo haga, Dan! —gritó el otro, levantándose con una mueca de terror pintada en el rostro.

—No sólo no cumpliste tu misión, sino que le salvaste la vida a Farwell Allyson le habría acertado, sin lugar a dudas.

—Usted sabe que ésa no era mi intención… No debe liquidarme, Dan… Sería un mal negocio para ustedes… Farwell ha creído a pies juntillas que yo descubrí a Allyson apostado entre las cañas… Tendré otra oportunidad para liquidarlo.

Murdock levantó una mano para que Dan no tirase.

—Eso que dice es razonable.

Taylor se apresuró a seguir hablando:

—Oiga, habría una gran oportunidad mañana Quizá ustedes lo han olvidado. Se celebrará por la noche la fiesta de todos los años en el Valle Caliente, el primer lugar donde cosechan el maíz. La asociación de agricultores ha convocado una reunión y naturalmente, Buster Evans no faltará a ella, y con Buster irá Jess Farwell.

Murdock entrecerró los ojos.

—Eso es cierto, Dan.

Smith sopesó el revólver, mirando fijamente a Taylor.

—¿No fallarás esta vez?

Taylor sonrió forzadamente.

—Ya pueden estar seguros de que Farwell no lo contará.

Dan hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Taylor Pero te voy a hacer una advertencia. Si vuelves a equivocarte, tú serás el que irá a parar a la fosa.

Taylor se estremeció visiblemente, murmuró unas palabras casi ininteligibles y por último montó en la silla y se alejó de aquel lugar.

Dan Smith dijo:

—Valle Caliente será un buen lugar para que Farwell deje de existir. Estarán allí todos los agricultores y a partir de mañana noche se darán cuenta de quiénes son los amos de esta comarca.

Murdock sonrió.

—He de ver realizada mi idea. Naturalmente, tampoco faltarán a la fiesta los agentes de la Compañía de Granos. Será el mejor momento para conseguir el contrato de este año.

—Pero ellos están decididos a comprarle a Buster.

—Una vez esté muerto Farwell, tú abandonarás la fiesta y te encargarás de quemar los campos de Evans, matando a todos los hombres que encuentres en tu camino. Luego regresas al valle e impondremos nuestras condiciones.

Dan Smith sonrió.

—Para que todo acabe como debe acabar, sólo faltará una cosa.

—¿El qué, Dan?

—Le pediré a Jenny que sea mi mujer.

CAPÍTULO X

La fiesta ya había empezado Jess Farwell y Buster Evans entraron en Valle Caliente por el lado norte, cabalgando al paso. El lugar era una especie de embudo rodeado por altas montañas, que contaba únicamente con dos accesos, aquel que los dos amigos habían utilizado para llegar allí y otro situado justamente al sur. El embudo se ensanchaba mucho por la parte central.

El sol estaba declinando y los maizales parecían teñidos de sangre.

—Esto es un horno, Jess —explicaba Buster—. Retiene muy bien el calor y hace que el maíz crezca mucho más aprisa que el resto de la comarca.

La mirada inquieta de Jess descubrió media docena de casas a lo largo del valle.

—¿A cuántas familias pertenece esta tierra?

—Hay no menos de ocho, pero realmente es sólo de una porque todos están emparentados. El verdadero jefe de Valle Caliente es Rick Devreux, un hombre de sesenta años que parece un oso Todos lo respetan porque es muy irascible y cuando se excita, uno ha de mantenerse lejos de sus brazos porque con su fuerza puede descoyuntar a un hombre Tiene cinco hijos, todos casados, pero los domina como si fuesen ovejas y también domina a las esposas de sus hijos, pero él es feliz viéndose rodeado por toda su manada Por otra parte, resulta un tipo generoso Fue a él a quien se le ocurrió celebrar esta fiesta Todo corre de su cuenta. La casa del centro es la suya y es frente a ella donde debemos acudir —hizo una pausa—. Parece que ya están todos allí.

En Valle Caliente ya había un centenar de personas, hombre y mujeres, viejos y jóvenes. Se habían encendido varios fuegos y

sobre ellos se asaban lechoncillos.

El aire estaba lleno del olor de la grasa con la que se cocinaban los animales.

Jess vio a un hombre de aspecto imponente en el porche de la casa, con los brazos en jarras, bailándole en los labios una sonrisa de fauno. Era muy grueso, de abultado abdomen y cabeza poderosa, las piernas enormes, calzadas con medias botas.

Buster dijo por la comisura de la boca:

—Vamos a saludarle.

Descendieron de las monturas y se acercaron al porche.

—¿Cómo estás, Rick? —saludó Buster.

Devreux apenas le dirigió una mirada. Sus ojos, de un color verdoso, observaban la figura del joven que estaba al lado de Evans.

—De modo que tú eres Jess Farwell, ese tipo del que codos hablan.

—Celebro conocerle —dijo Jess.

—Yo todavía no sé si debo alegrarme de haberte conocido. Alguien me ha dicho que has venido a traer la destrucción a la comarca de Bluetown.

—No, Devreux Usted ha sido mal informado.

—Los cosecheros de maíz aseguran que muy pronto tendremos que vender las tierras y largarnos de la comarca.

—Eso es absurdo.

—Dicen que has traído una simiente sacada del mismo infierno, y que Evans la sembró este año y muy pronto recogerá unas mazorcas del tamaño de mi cabeza…

—No son tan grandes, Devreux —arguyó Jess.

Por unos instantes, en los ojos del gigantón refulgieron unas chispas.

—Si ellos mienten, ¿cuál ha sido, entonces, tu intención al venir aquí?

—Le envié desde Iowa a Buster una nueva simiente de maíz, pero no lo hice con objeto de dañar a los de, más agricultores. Lo de Evans sólo ha sido un experimento, y la cosecha no es tan grande como tú puedas suponer, pero, si la mazorca llega a cuajar, se demostrará que la tierra de Bluetown es buena para la simiente, y entonces todos los agricultores podrán plantar el nuevo maíz.

Hubo una pausa. Los ojos de Devreux se entrecerraron. De

pronto alargó la mano derecha, apuntando con el dedo índice a Jess.

—¿Y cuánto debemos pagar a ti, Farwell?

—Únicamente el precio de la simiente.

—Claro que sí, y, naturalmente, ese precio será extraordinariamente alto.

—Se equivoca, Devreux. Solamente pagarán por él el precio justo, el que sea razonable, que apenas se diferencia del que cualquier agricultor pueda dar por la simiente del maíz que actualmente cultiva.

—¿Y cuál será su beneficio, entonces?

—Poseo grandes extensiones de tierra en Iowa, Devreux, y yo estoy satisfecho con lo que tengo Me rinde lo suficiente para vivir y para ahorrar algún dinero.

Un hombre habló por detrás de Farwell.

—No le creas, padre.

Jess se volvió para ver al tipo que había dicho aquello. Era un joven tan alto como él, delgado, de cabello rubio y cara tostada por el sol. No estaba solo. Le acompañaban Douglas Murdock y Dan Smith.

—¿Qué quieres decir, Jonathan? —preguntó Rick Devreux.

Jonathan señaló a Farwell.

—Sólo es un aventurero, alguien que quiere llevarse una buena tajada de Bluetown.

—¿De dónde sacas eso? Me imagino que tendrás una razón para justificarlo.

Jonathan se mordió el labio inferior y luego miró a Murdock y a Dan Smith.

—Mis amigos me lo han dicho.

Devreux observó a Murdock y a Smith, y su nariz se arrugó como si estuviese oliendo a podrido. Con tono despectivo dijo:

—¿Son ellos tus amigos, Jonathan?

—Sí.

—En tal caso, estoy dispuesto a creer más pronto a Farwell que a ellos.

Murdock dio un paso adelante.

—Quiero hacerle una pregunta, Devreux. ¿Se han llegado aquí los agentes de la Compañía Central de Granos para comprar la

cosecha del Valle Caliente?

—Nunca han venido antes del día de la fiesta. ¿Qué intentas sugerir?

—Este año la compañía solamente comprará el maíz de Buster Evans.

—No, Murdock. Es posible que compren a Buster Evans si es cierto que sus mazorcas son más grandes que las nuestras, pero la compañía siempre nos ha comprado a nosotros y seguirá haciéndolo.

Murdock meneó la cabeza.

—Estaría dispuesto a apostar a que no.

—Y yo te digo que vendrán.

Murdock siguió esgrimiendo su sonrisa.

—Bien, Devreux, entonces, me imagino que, si los agentes no vienen hoy para comprar su maíz, empezará a creer que yo tengo razón, que a la compañía le ha dejado de interesar nuestro maíz, y que el próximo invierno habrá hambre en este valle.

Se produjo una larga pausa Devreux movió la cabeza.

—Sí, Murdock. Si no vienen los agentes, admitiré que, al menos por una vez, tienes razón… Y ahora dejadme todos en paz… ¡No consiento que nadie me amargue mi fiesta…! Habéis venido aquí para divertiros… ¡Comed y bebed todo lo que queráis!

Buster hizo una señal a Farwell, y ambos echaron a andar.

Murdock les siguió con la mirada y luego se volvió hacia Dan. Ellos también se alejaron y Jonathan Devreux fue tras ellos.

Se detuvieron junto a un árbol y Jonathan se pasó una mano por la boca, mientras sonreía.

—Bien, me he portado como usted quería, Murdock. Deme los cincuenta dólares.

Murdock sacó una bolsa de cuero, donde tintinearon unas monedas, y la entregó a Jonathan, quien, después de sopesarla, la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Mantén la boca cerrada, Jonathan.

—Cincuenta dólares es suficiente para que no vuelva a despegar los labios —y dicho esto, se apartó de los dos compinches.

Dan Smith soltó una risita.

—Todo ha salido a pedir de boca. Los agentes de la compañía no podrán venir nunca a Valle Caliente porque a estas horas se

encuentran en una cueva adonde les llevaron nuestros muchachos.

—Escúchame bien, Dan Me imagino que Taylor matará a Farwell, sin necesidad de que nosotros intervengamos más, pero si fallase, Devreux se encargará de él. Así que, de todas formas, no saldrá de aquí vivo.

—A mí me gustaría perfeccionar el asunto —dijo Dan.

—¿A qué te refieres?

—Farwell sabe hablar muy bien. Tendrá en su contra a Rick Devreux cuando no lleguen los agentes, pero si Taylor fracasa en su nuevo intento, hay muchas posibilidades de que Farwell salga de aquí por su propio pie. Le bastaría con convencer a Devreux con sus buenas palabras —hizo una pausa—. Jonathan es un tipo ambicioso y especialmente impulsivo con el revólver… No tendría nada de particular que cuando su padre y Jess se pusiesen a hablar, él sacase el revólver y liquidase a Farwell por embustero. Estoy seguro de que todo el mundo estaría de su parte, y nosotros los primeros.

—Sí, Dan Me parece muy bien. Anda y ve a convencer a Jonathan.

—¿Cuánto quieres que le de por el asunto?

—Prométele cien dólares.

—Por ese dinero me preguntará a cuántos ha de matar.

Los dos hombres cambiaron una mirada de regocijo, y luego Dan echó a andar hacia el lugar donde se encontraba Jonathan con una joven.

CAPÍTULO XI

Jess Farwell se limpió las manos con un trapo, después de haber comido. Estaba sentado en una piedra, junto a Buster. Durante más de quince minutos, ninguno de ellos había cambiado una palabra. No había nadie a su alrededor porque los agricultores le habían hecho el vacío Un poco más allá, rodeando una hoguera, había una veintena de personas, y entre ellas estaban Murdock y Dan Smith.

Jess se había pasado mucho rato observando a Smith y ahora movió la cabeza.

—Creo que lo tengo todo claro, Buster.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vi a Dan Smith por primera vez tuve la impresión de que su cara me era conocida. Ahora acabo de saber por qué. Él era el jefe de los falsos rurales que me persiguieron.

—¿Estás seguro, Jess?

—Llevaba un bigote de morsa y el sombrero lo hundía sobre la frente. Ahora sólo le he tenido que poner ese bigote y ese sombrero para darme cuenta de que es el mismo tipo. A eso debes agregar el que ellos han mostrado más interés que nadie por hundimos Allyson era empleado suyo antes de ser muerto por Taylor, y apuesto a que el propio Taylor fue enviado por Smith y Murdock Y ahora, ya lo ves, también se han ganado a Jonathan para que me acusase ante Rick Devreux.

—Tienes razón, Jess.

—Hay algo que me inquieta.

—¿El qué, muchacho?

—Esos agentes de la compañía no llegan.

—Se habrán entretenido en alguna parte.

—Me gusta pensar acerca de todo, y Murdock pareció estar muy

seguro cuando afirmó a Devreux que los agentes de la compañía no se dejarían caer por aquí.

—¿Qué intentas sugerir, Jess?

—Exactamente lo que estás pensando Murdock y Dan Smith se las han arreglado para impedir que los agentes se acerquen a Valle Caliente.

—Santo cielo, si eso es verdad, Dick Devreux será tu mayor enemigo… Y si eso llega a ocurrir, ya puedes estar seguro de que nos va a ser muy difícil salir del valle.

Jess no contestó a eso nada, pellizcándose el mentón, pensativo.

Buster Evans dijo:

—Sólo se me ocurre una cosa Marchémonos de aquí ahora mismo.

—No adelantaríamos nada, Buster Por el contrario, nuestra huida serviría para echar más leña al fuego.

—Quizá tengas razón.

—¿Cuándo acabará la fiesta?

—Muy pronto empezará el baile, y no terminará hasta dentro de tres o cuatro horas.

La noche caía sobre Valle Caliente, pero las hogueras eran constantemente alimentadas. Las botellas de *whisky* iban de mano en mano, y lo mismo bebían hombres que mujeres. La alegría, fruto del alcohol, reinaba por todas partes. Delante de la casa, los hombres habían colocado ya un entarimado de madera y a un lado se preparaban los músicos para iniciar el baile.

Jess hacia el porche de la casa y vio junto al borde de la escalera la figura imponente de Rick Devreux. El patriarca estaba sentado en un sillón, fumando un grueso cigarro, pero su rostro no sonreía. Las llamas dejaban ver en su cara enrojecida una sombra de preocupación.

Por encima de las voces se oyó un carro que se aproximaba. En el pescante viajaba Jenny Gilbert y un hombre de unos cincuenta años de edad, de cabello rojizo muy enmarañado.

—Ése es Norman Gilbert —dijo Buster—, tío de Jenny.

El vehículo se detuvo y Dan Smith se apresuró a ir hacia el pescante para ayudar a Jenny a descender. La tomó por la cintura y, cuando ella hubo puesto los pies en el suelo, la retuvo contra sí mientras le decía algo. La joven volvió la cabeza y sus ojos se

encontraron con los de Farwell.

En aquel instante, los músicos empezaron su interpretación, y muchas parejas corrieron hacia el entarimado.

Jenny apartó los ojos de Farwell y asintió con la cabeza a lo que le decía Dan Smith. Luego los dos se encaminaron adonde ya danzaban las parejas.

Jess lió un cigarrillo y le prendió fuego, tomando una pequeña rama de la hoguera.

—No veo a Taylor —dijo, mientras arrojaba una bocanada de humo.

—Ha debido quedarse en casa —contestó Buster.

—No lo creo Taylor fracasó en su intento Quizá lo repita otra vez. Y éste sería el mejor lugar para ello.

—Bueno, mientras estemos aquí, no podrá ocurrir nada.

Jess dirigió una mirada hacia la oscuridad, más allá de la hoguera.

—Podría disparar desde muchos sitios, y yo no lo contaría.

—Es otra razón para que nos marchemos.

Jess se mantuvo pensativo y finalmente dijo:

—Voy a dar un paseo.

—¿Estás bien de la cabeza, Jess?

—Si Taylor está escondido, se decidirá a atacarme. Es lo que quiero comprobar dando una vuelta por ahí Quédate tú.

Buster fue a protestar, pero Jess se había puesto en pie y caminaba, alejándose de la hoguera.

Se dirigió adonde habían estacionado una docena de carros. Detúvose un instante para mirar a sus espaldas, comprobando que nadie le había seguido. Entonces movió las piernas muy despacio Tenía el cigarrillo en los labios y de vez en cuando daba una chupada. De esa forma, él mismo ayudaba a que cualquier enemigo le pudiese localizar fácilmente. Sabía que una bala le podría llegar de cualquier parte en el momento más inesperado, pero estaba acostumbrado a correr aquella clase de riesgos Ocho años atrás, cuando llegó a Iowa, hubo de mantener una guerra a muerte contra toda clase de forajidos Dos veces resultó herido, pero al final, él fue el vencedor, y durante aquel tiempo, que había quedado muy atrás, paseó muchas veces esperando que una bala cortase el hilo de su vida.

De repente, oyó un ruido a sus espaldas. Se volvió prestamente, llevando la mano a la culata del revólver. Sólo era un caballo que se movía nervioso.

Prosiguió su paseo Diez yardas más allá, cuando estaba muy cerca del último carro, oyó un roce y ahora supo que no lo había producido ninguna caballería.

Conocía bien los sonidos y aquel que acababa de escuchar procedía del maizal situado a unas diez yardas.

Pensó que Taylor estaba allí, pero no se atrevía a disparar de tan lejos. Si se movía en aquella dirección, su enemigo echaría a correr y sería muy difícil que le alcanzase. Quedándose quieto, el asesino a sueldo de Murdock saldría de su escondite para despacharle. No había otra solución. Debía ponerse de espaldas para que Taylor pensase que le tenía a su alcance.

Así lo hizo, girando sobre sus talones, y apoyó un brazo en la llanta de la rueda.

Durante un minuto no escuchó nada, pero luego otra vez se movieron las hojas Para cualquier oído no acostumbrado a los ruidos, aquel roce podía ser producido por el viento, pero apenas soplaba aire. Le sería fácil volverse y hacer dos o tres disparos, pero quería cazar a Taylor vivo. Le obligaría a confesar en presencia de Dan y de Murdock. Entonces, todo quedaría arreglado porque mataría a Murdock y a Dan Smith, ofreciéndoles la oportunidad de sacar el revólver.

Seguía conservando el cigarrillo en la comisura de la boca, pero ahora se dio cuenta de que se le había apagado.

El tiempo transcurrió muy lentamente.

Contó hasta diez y de pronto saltó a un lado, llevando la mano a la funda Vio claramente la figura de Taylor a la otra parte del carro. El tipo se asustó tanto, que se volvió como una centella y echó a correr hacia el maizal.

—¡Deténgase, Taylor! —gritó Jess.

Pero Taylor no tuvo siquiera en cuenta que podía ser alcanzado, por una bala y siguió corriendo.

Jess ya había salido disparado hacia él Taylor se metió por entre las cañas, pero Farwell había recorrido las diez yardas con toda la rapidez que pudo sacar de sus piernas, y cayó sobre su enemigo apenas éste hubo entrado en el campo.

Los dos hombres rodaron doblando las cañas bajo su peso, pero finalmente, Jess quedó encima, y golpeó con la culata de su revólver en la muñeca armada del traidor Instantáneamente, éste abrió la mano, dejando caer el arma al suelo. Luego, Jess le apoyó el cañón del revólver en la frente.

—Ya basta, Taylor.

—¡No me mate!

—Eso va a depender de usted.

—¿Qué es lo que quiere?

—Iba a disparar contra a mí a traición.

—¿Cómo puede demostrar eso? —Forzó una sonrisa.

—Se disponía a sorprenderme por la espalda…

—No, Farwell, ¿por qué iba a hacer yo una cosa así? Usted me es muy simpático… Está ayudando a Evans, y él es mi amigo.

—Déjese de pamplinas. No hace más que empeorar su situación Usted se vendió a Murdock. Él le dijo que debería matarme.

—Oh, no, está equivocado.

—Muy bien, Taylor Ya le dije que dependía de usted Voy a volarle la tapa de los sesos.

Los ojos de Taylor se desorbitaron.

—¡No, Farwell!

Rece una oración Tiene cinco segundos.

Taylor se estremeció.

—¡Por lo que más quiera…! ¡No dispare…! ¡Es cierto…! ¡Yo le iba a matar, pero fue Dan Smith quien me lo encargó!

—¿A cambio de qué…?

—Dinero.

—Ya lo intentó en casa de Evans, pero Allyson ocupó mi lugar.

—Sí.

—Está bien, Taylor —Jess se puso en pie—. Levántese.

Taylor empezó a incorporarse.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora, Farwell?

—Quiero que confiese ante todos.

—No puedo hacer eso… Dan Smith o Murdock me matarían…

—Tiene que hacerlo. No debe preocuparse por Dan Smith o por Murdock. Ellos no le matarán porque les voy a dar demasiado trabajo.

—Soy un pobre hombre, Farwell… Deje que me vaya a mi casa.

—Eche a andar delante de mí Y será mejor que obedezca mis órdenes Usted hace su confesión, luego sólo tendrá que vender su campo y largarse. De esa forma, seguirá conservando la vida.

Taylor titubeó irnos instantes, pero finalmente accedió, sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo Pasó junto a Jess, y echó a andar para salir del campo, abriéndose paso por entre las cañas Farwell fue detrás de él.

De pronto, sonó un estampido Procedía de la parte de los carros Taylor lanzó un grito y sus piernas se doblaron. Desde el lugar de donde habían hecho fuego, llegó ruido de una carrera.

—Me han matado, Farwell —dijo Taylor, y se desplomó en el suelo.

Jess saltó por encima del caído y se detuvo a la orilla del campo mirando hacia los carros. No podía alcanzar al hombre que había disparado, ya que le sería muy fácil esconderse en cualquier parte. Se mordió el labio con rabia y volvió junto a Taylor, ante el que se arrodilló. El agricultor tenía la camisa manchada de sangre a la altura del corazón.

—Taylor… —le llamó.

Pero aquel hombre ya no le podía oír porque estaba muerto. Entonces se puso en pie, regresando adonde se celebraba la fiesta.

CAPÍTULO XII

Encontró a Buster en el mismo lugar donde le había dejado. Le contó todo lo que le había ocurrido con Taylor Evans movió la cabeza con pesar.

—Lo siento por él.

—¿Viste a alguien detrás de mí hacia los carros?

—No, Jess. Estuve atento y no descubrí a nadie —alargó la mano hacia el campo—. Pero pudieron ir por aquella parte sin que yo les viese.

—Sí, seguro que fue así —miró hacia el entarimado donde se celebraba el baile, y vio que Jenny estaba sola.

Eso le hizo pensar en que Dan Smith podría haber sido el que disparó contra Taylor Tenía que hacerle unas cuantas preguntas a la muchacha y fue junto a ella.

—Buenas noches, Jenny —la saludó.

La joven volvió bruscamente la cabeza, mirándole.

—No imaginé que le encontraría aquí, señor Farwell.

—Mi amigo Buster me aseguró que lo pasaría bien, y no quise perdérmelo.

—¿Y se divierte?

—Muy poco Me he decidido a acercarme a usted para pedirle que baile conmigo, pero imagino que me va a contestar que se encuentra muy cansada.

Ella le miró con ojos desafiantes.

—Usted cree saberlo todo, ¿verdad, señor Farwell?

—Acierto demasiadas veces.

Jenny apretó los labios con fuerza.

—Esta vez no acertó Vamos a bailar —echó a andar hacia el entarimado, y él la siguió, sonriente.

Ya sobre la madera, la muchacha se le unió, levantando los brazos para que él la pudiese rodear por la cintura.

Se pusieron a danzar.

—¿Hace mucho que la dejó Dan Smith? —inquirió Jess.

—Unos diez minutos, ¿por qué lo pregunta?

—Soy un tipo muy celoso Me he dado cuenta de que él la mira de una forma muy especial.

La joven ladeó la cabeza.

—¿De qué forma?

—Está enamorado de usted.

—Es posible.

—¿Ya le ha pedido que sea su esposa?

—No, todavía no, pero tal como ha empezado a hablar, quizá lo haga esta noche.

—¿Cuál va a ser la respuesta, Jenny?

—Según dicen todos, Dan Smith es uno de los mejores partidos de la comarca.

—No me interesa lo que opinen los demás, sólo lo que usted le va a decir.

—Suponga que acepto.

—No lo haga, Jenny.

—¿Por qué no?

—Me temo que Dan Smith no es un hombre para usted.

—Convénzame con algunas razones.

—No es honrado.

—¿Lo es usted, señor Farwell?

—No me gustaría hablar de mí.

—A mí, sí. En cuantas ocasiones me le he tropezado, ha tenido que ver con alguna muerte.

—Confieso que desde que llegué aquí, mis actos se ven rodeados por extrañas circunstancias, pero le puedo asegurar que no soy el provocador directo de todos los conflictos.

—Digamos que los conflictos van a usted.

—Sí, eso es.

—En tal caso, eso quiere decir que la fiesta no va a terminar sin muertes.

—No tengo más remedio que defenderme, Jenny.

Ella le, miró a los ojos.

—Quisiera creerle.

La pieza terminó y se detuvieron, pero Jess la siguió abarcando por la cintura y ahora tiró de ella, acercándola hacia sí.

—Jenny —murmuró.

En aquel momento oyeron la voz de Dan Smith:

—Es usted un tipo muy activo, Farwell.

Los dos jóvenes volvieron la cabeza Dan Smith había subido al entarimado y sus ojos miraban con odio a Farwell. Éste le dedicó una sonrisa.

—Usted también se mueve mucho, Dan. ¿Fue por casualidad hacia donde están los carros? —observó el rostro de Smith mientras hacía su pregunta, pero continuó viéndole impasible.

—¿Espera que le de cuenta de lo que haga, Farwell? —No, en cuanto no esté relacionado conmigo, pero se ha tomado demasiado interés en todas las cosas que se refieren a Buster Evans.

—Usted no pertenece a esta comarca, Farwell, y si tiene su hacienda en Iowa, debería ir a cuidarla y no gastar su esfuerzo en cosas que le deben tener sin cuidado.

—Ahí es donde se equivoca Vine a ayudar a Buster Evans Y no me marcharé hasta quedar convencido de que no existe el menor peligro para él.

Los dos hombres guardaron silencio, mirándose retadoramente Justo entonces, los músicos empezaron a tocar una pieza y Jenny se dirigió a Smith:

—Bailemos, Dan.

Jess se dio cuenta de que ella hacía aquello solamente por evitar la pelea que parecía inminente. Les vio alejarse bailando, y entonces bajó del entarimado, regresando junto a Evans.

—Me estoy cociendo en mi propia salsa —dijo su amigo—. Creí que os ibais a liar a tiros ahí arriba.

—Eso hubiera sido lo mejor.

En aquel momento oyeron un carraspeo a su espalda y Jess se volvió Frente a él estaba Cecil Budries, el alfarero con el que había hecho la última etapa de su viaje.

—¿Cómo le va, muchacho?

—Ni bien ni mal.

—¿Todavía no dieron los rurales con usted?

—Eran forajidos disfrazados.

—No me diga.

—Sí, Budries. Aquellos fulanos sólo querían mi pellejo al precio que fuese Por ello iban advirtiendo a la gente, con la esperanza de que alguien me cazase de un tiro.

Budries se rascó el cogote.

—Demonios, me hablaron de algunas muertes que han sobrevenido en Bluetown. Ahora estoy dispuesto a apostar a que usted tiene que ver con ellas.

—Sí.

—Están ocurriendo cosas muy raras Justamente cuando venía hacia acá descubrí un grupo de jinetes Me dio la impresión de que iban custodiando dos prisioneros. Ellos no me vieron a mí porque yo estaba en una pequeña hondonada donde había ido a meterse mi carro. Se rompieron los frenos y los estaba arreglando. Los fulanos subieron hacia las cuevas de Tempest.

Jess se mostró interesado en aquello.

—¿A qué distancia de aquí, Budries?

—A unas tres millas hacia el este. Es un camino fácil de seguir Yo he venido por el valle del río Negro. ¿Por qué le interesa?

Jess miró a Buster.

—He de ir allí.

—Ya sé lo que piensas Crees que esos dos hombres pueden ser los agentes de la compañía.

—Sí —dijo Farwell.

—Por aquella parte hay no menos de medio centenar de cuevas, Jess, y ahora es de noche —se dirigió a Budries—. ¿Cuántos jinetes eran?

—Seis.

—Lo cual quiere decir que hay cuatro hombres con los que debes enfrentarte, Jess.

Farwell ya se había puesto en pie y caminaba hacia el caballo. Se volvió, con las manos en la silla.

—Regresaré a tiempo, Buster.

—¿Y si no lo haces?

—En tal caso, tendrás que vender para conservar la vida, pero no te demores Márchate enseguida.

Sin agregar nada más, Jess montó en la silla y espoleó el caballo.

Salió del valle por el mismo lugar que había utilizado para

entrar, pero luego dobló hacia el este.

Pronto descubrió las aguas del río Negro.

Había luna llena y vio la huella que había dejado la galera del alfarero.

Media hora más tarde dio con el lugar en que Budries se había detenido para, arreglar las ruedas de su carromato.

Desmontó allí mismo y continuó avanzando a pie.

Veinte yardas más allá, descubrió huellas del paso de unos jinetes. Ascendió por la ladera y arriba descubrió la entrada de una cueva.

—Prestó atención, no escuchando ningún ruido.

Siguió adelante, deteniéndose ante las grutas Ya había examinado una docena cuando de pronto oyó el relincho de un caballo Procedía de unas cincuenta yardas más adelante.

Extremó sus precauciones en el avance.

Al cabo de un rato le llegó un murmullo de voces.

Se pegó a la pared, avanzando sigilosamente.

Recortadas sobre el cielo, vio las figuras de dos hombres.

Ahora siguió caminando muy despacio y, cuando se encontró a unas diez yardas de los tipos, saltó a un lado.

—Manténganse quietos donde están, y no muevan los brazos.

Los dos hombres giraron hacia Jess, pero luego quedaron inmóviles, al ver el brillo del revólver Uno de ellos tenía un rifle en la mano.

—Deje caer el arma en el suelo —ordenó Jess.

El hombre así lo hizo, y entonces se acercó más a ellos.

De pronto, de la parte superior llegó un chasquido Jess se volvió rápidamente, observando un fogonazo.

CAPÍTULO XIII

Jess había cambiado de posición y sintió el aullido de la bala que pasaba por encima de su cabeza, al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

El tipo que había en lo alto recibió el plomo en el estómago y lanzó un aullido, viniéndose hacia delante. Soltó el revólver y sus manos buscaron algo a qué aferrarse, pero sólo encontró el vacío y se desplomó desde lo alto, rodando por la pendiente hacia el fondo.

Los dos fulanos a quienes Jess había sorprendido creyeron llegado su momento, y ambos echaron mane al revólver. El más alto de los dos demostró ser también el más rápido.

Jess se revolvió, avizorando el peligro, e hizo otro disparo. El fulano alto recibió el impacto en la cabeza y se desplomó hacia atrás, sin emitir un solo gemido.

El otro apartó las manos de las armas.

—No tire, muchacho.

Jess se acercó a él y le quitó el revólver, lanzando, por encima de su hombro, muy lejos.

Jess pensó que si Budries no se había equivocad: había otro hombre que lógicamente debería encontrarse con los agentes secuestrados.

—¿Dónde está tu compañero?

—¿Qué compañero?

—Sé lo que os habéis llevado entre manos Trajisteis aquí a dos agentes de la Compañía Central del Grano.

—No sé de qué me habla.

Jess le apuntó a la pierna.

—Apuesto a que con una bala en el tobillo lo recuerdas todo.

El hombre que tenía enfrente demostró enseguida que no quería

quedarse cojo para el resto de su vida.

—Está bien, muchacho. No hace falta que dispares.

—¿Dónde están?

—Ahí dentro —señaló la cueva.

—Echa a andar y enséñame el camino.

Naturalmente, el cuarto fulano debería haber oído los disparos y estaría a la espera, con el revólver preparado.

El tipo echó a andar y Jess le pisó los talones para que le pudiese servir de escudo.

La cueva estaba muy oscura. El hombre dobló a la derecha. Al fondo había una pequeña hoguera Jess miró hacia aquel lugar, pero no vio rastro de ningún hombre.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién hay ahí?

No hubo respuesta. Llegó a la conclusión de que el tipo estaría amenazando a los agentes para que mantuviesen cerrada la boca.

La cueva se ensanchaba mucho hacia el final y justo en el medio ardían dos grandes leños. Hacia la derecha, una de las paredes se había venido abajo y las rocas desprendidas formaban una especie de laberinto.

—Párate —ordenó Jess.

El individuo se detuvo.

De pronto, unas piedras se desmoronaron a la izquierda y Jess se agachó girando la cabeza. Allá en lo alto vio una figura que se movía tratando de mantener el equilibrio perdido, porque las botas del tipo habían resbalado en el accidentado terreno.

—¡Deje caer el revólver! —le gritó.

Pero el sujeto, al recobrar el equilibrio, se dispuso a hacer fuego.

Jess lo hizo antes.

El estampido alcanzó una enorme sonoridad. El que estaba arriba lanzó un grito cuando la bala le penetró por el pómulo.

Ya no pudo decir nada más porque cayo inerte, sin vida, y no llegó a rodar hacia abajo porque una roca se interpuso en su camino.

Justo por detrás de donde había aparecido el tipo, llegó otro ruido y Jess pudo ver a los dos hombres.

—No dispare, amigo —dijo uno de ellos.

—¿Son los agentes de la Compañía Central del Grano?

—Sí, señor.

Los dos hombres descendieron por entre las piedras. Ambos eran de estatura mediana. Los trajes oscuros que vestían estaban llenos de polvo.

Uno de los agentes, de nariz muy aguileña, pregunto:

—¿A quién debemos nuestra libertad?

—Jess Farwell.

—Yo soy Ernest Marshall, y mi amigo, Ted Brown. Le agradecemos mucho lo que acaba de hacer por nosotros, pero todavía no sabemos por qué hemos sido secuestrados, ni siquiera a quién obedecen estos forajidos.

—A Douglas Murdock y a Dan Smith.

Marshall y Brown hicieron un gesto de perplejidad.

—¿Está seguro de lo que dice, Farwell?

—Les pondré al corriente —dijo Jess, y seguidamente contó a los agentes de la Compañía Central toda la historia relacionada con el maíz compuesto.

No ahorró ni un detalle, de modo que, cuando hubo terminado, los agentes estaban convencidos de las razones que habían asistido a Murdock y a Smith para confabularse contra ellos.

El forajido superviviente también meneó la cabeza.

—Oiga, Farwell, mi nombre es Jack Mahoney. No teníamos intención de matar a estos tipos… ¿Por qué no deja que me marche?

—No, muchacho —contestó Farwell—. Tú vas a ser testigo contra Murdock y Smith. Anda y precédenos al lugar donde habéis dejado los caballos.

Mahoney no tuvo más remedio que conformarse con su suerte Bajaron a la hondonada y allí, tras unos arbustos, encontraron las cabalgaduras Todos ellos montaron y pusiéronse en camino, pero cuando llegaron al lugar donde Jess había dejado su montura, el joven cambió de silla. Éste fue el instante que aprovechó Mahoney para espolear su cabalgadura, la cual emprendió un galope fulgurante.

Cuando Jess fue a echar mano al revólver, su prisionero se había sumergido ya en la oscuridad. A pesar de eso, hizo dos disparos, pero no tuvo suerte.

Dan Smith bailaba con Jenny. La quería apretar mucho contra sí, pero la joven se resistía.

—Jenny —la miró a la cara.
—¿Qué quieres, Dan?
—Ha llegado el momento decisivo.
—¿De qué? —dijo ella, sintiendo un escalofrío por la espalda.
—Quiero que seas mi mujer.
La joven tragó saliva y bajó la mirada al suelo Dan interpretó aquel gesto como una aceptación.
—Vas a ser la esposa de uno de los hombres más poderosos de la comarca.
—Lo siento, Dan —dijo ella sin mirarle.
Smith endureció el rostro.
—¿Qué es lo que intentas decirme, muchacha?
Jenny alzó los ojos.
—No pienso casarme por ahora.
—¿Y por qué?
—Mi tío me necesita.
—¿Tu tío…? ¡Al infierno con eso!
—Está un poco delicado.
—Con sólo que deje el *whisky*, mejorará su salud.
Jenny empezó a enrojecer las mejillas.
—No deberías decir eso.
—Está bien, lo retiro si tú quieres. Nos casaremos, Jenny.
—No.
Dan entrecerró los ojos.
—¿Cuál es el verdadero motivo?
—Soy demasiado joven.
—Otra excusa que no sirve —Dan se interrumpió cuando por su mente cruzó una idea—. Ahora sé lo que te pasa.
—No, no lo sabes.
—Es ese forastero, Jess Farwell.
—Qué tontería.
—¿Por qué te has estremecido entonces en cuanto le he nombrado?
—Por favor, Dan, te estás poniendo muy pesado…
—De modo que es él, ese niño bonito… Y tú piensas que yo voy a dejar que me quite la novia.
—No soy tu novia, Dan. No lo he sido nunca.
—Hay cosas que uno no necesita proclamar a los cuatro vientos,

y nuestras relaciones es una de ellas Todo el mundo en la comarca sabe que tú y yo terminaríamos casándonos.

—¿Por qué, Dan? ¿Porque te he dejado acompañarme algunas veces?

—Anda, Jenny, dime quién se ha atrevido a ir a tu lado desde que puse los ojos en ti.

—Nadie; por eso consentí en que vinieses conmigo Tenía necesidad de hablar con alguien.

Dan sentía que la ira crecía en su pecho.

—De modo que me has utilizado a falta de otro.

—No se trata de eso concretamente, Dan Tú y yo sólo hemos hablado de unas cuantas cosas, y jamás te he dado pie para que pensases que te podía corresponder…

La mano de él se cerró sobre la muñeca de la joven, y los dos dejaron de bailar.

Algunas parejas que danzaban cerca miraron hacia aquel lugar y Jenny dijo:

—Estás a punto de armar un escándalo.

—Me importa un rábano lo que puedan pensar de nosotros Te he elegido como esposa, Jenny, y te casarás conmigo.

—Me estás haciendo daño con tus dedos.

—Dime que me aceptas como esposo.

—Eso no lo oirás nunca de mis labios.

Dan sintió deseos de abofetearla, pero en eso oyó la voz de Murdock.

—Eh, Dan.

—¿Qué pasa? —Casi gritó.

Murdock le asaeteó con la mirada.

—Asunto urgente Ven aquí.

Dan titubeó unos instantes, pero finalmente dejó libre a la joven.

—Hablaré luego contigo, Jenny.

Sin esperar una respuesta de ella, bajó del entarimado, siguiendo a Murdock hacia una de las zonas oscuras.

Bajo la copa de un árbol, apoyado en el tronco, se hallaba Mahoney, el cual resoplaba, después de la larga carrera.

Dan lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué haces aquí, Jack?

Fue Murdock quien contestó:

—Todo ha fallado Farwell se llegó a la cueva y, después de matar a tres hombres, libertó a los dos agentes.

Dan Smith cerró los puños, clavándose las uñas en las palmas.

—¡Maldita sea…! ¿Cómo lo ha podido hacer?

Murdock sacudió la cabeza.

—Farwell es el mismo demonio. Desde que él llegó a la comarca, no hemos dado una a derechas.

Las palabras salieron silbantes por entre los dientes de Dan:

—Si es el demonio, le mandaremos al infierno. Es el lugar más a propósito para él.

—¿Es que no te das cuenta? Farwell llegará aquí con los dos agentes, y ellos contarán la historia del rapto.

—Pero no pueden acusarnos a nosotros sin ninguna prueba. Efectivamente, fueron secuestrados, pero ¿por quién? Sólo es la palabra de Farwell contra la nuestra, y Farwell no vivirá para acusarnos Jonathan Devreux se va a encargar de ello. No le dejaremos hablar Vamos a preparar a Jonathan antes de que el muchacho llegue.

—Eso será lo mejor.

Dan miró a Mahoney.

—Tú, Mahoney Ve por el resto de los chicos. En previsión de que algo saliese mal, les ordené que se reuniesen a dos millas de aquí, en Roca Pelada, tráelos inmediatamente, por si necesitamos su ayuda.

Mahoney hizo un gesto afirmativo y desapareció en la oscuridad. Luego, Dan hizo una señal a Murdock y los dos socios echaron a andar hacia el porche de la casa.

Se encontraron en el camino a Jonathan, que reía mientras trataba de dar de beber de una botella a una joven.

—Eh, Jonathan —le llamó Dan.

El hijo de Devreux interrumpió su diversión y, levantándose, acudió al lado de los dos hombres.

—¿Ha llegado la hora?

—Es cuestión de minutos Vamos a hablar con tu padre Farwell se marchó del valle, pero no tardará llegar. Has de estar preparado para disparar contra él.

—Muy bien, lo haré, pero me imagino que tendrán ahí los cien dólares prometidos.

Murdock sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de su chaqueta.

—Este dinero pasará a tu poder en cuanto te hayas librado de Farwell.

Jonathan miró codiciosamente el fajo.

—No se preocupe Farwell morirá.

Dan le tomó del brazo.

—Escucha bien, Jonathan. No esperes a que él pueda rozar la culata con los dedos. Es un tipo peligroso, y tú serás el cadáver, si le concedes la menor oportunidad.

—Me gusta vivir —miró a la joven que le esperaba, sentada en el suelo—. Mi mujer está tullida, ¿no entiende? Y justo esta noche he encontrado una buena sustituta —rompió a reír mientras regresaba junto a la muchacha.

Dan y Murdock cambiaron una mirada de satisfacción y continuaron su camino hacia el porche, donde se hallaba Rick Devreux.

CAPÍTULO XIV

Los dos empezaron a subir la escalera del porche, pero Devreux les detuvo con un movimiento de la mano.

—¿Qué queréis?

Murdock respondió:

—La fiesta está tocando a su fin y los agentes no han llegado.

Los ojos de Devreux escrutaron los rostros de los dos hombres.

—¿Dónde está Jess Farwell? —preguntó.

—Ha desaparecido —respondió Dan Smith.

—¿Y qué conclusiones sacáis de eso?

Murdock se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Apuesto a que Farwell salió al encuentro de los agentes.

—¿Para qué?

—Quizá ha ido a convencerles para que representen una comedia, la de comprarte a ti el maíz. Naturalmente, de esa forma, Farwell piensa que tú te estarás quieto, pero, a la hora de la verdad, la Compañía Central sólo comprará el maíz de Buster Evans.

Por la puerta de la casa salió en aquel momento un coche de ruedas, en donde descansaba una inválida. Era una joven muy bonita Cubría las piernas con una manta.

Rick Devreux volvió la cabeza.

—¿Cómo estás, Helen?

La joven sonrió, pero lo hizo con amargura.

—Me encuentro perfectamente.

—¿Por qué no está contigo Jonathan?

La joven miró al suelo, pero luego alzó los ojos rápidamente.

—Debe estar en la fiesta, pero déjale que se divierta un rato Tiene derecho.

—También tiene obligaciones, y una de ellas, la más importante,

es la de estar contigo —miró hacia el entarimado donde bailaban las parejas—. ¡Duke, hijo!

Un muchacho rubio de unos dieciocho años se acercó, llevando del brazo a una muchacha con cara de mestiza.

—¿Qué, padre? —rió—. Estoy bailando con Martha. Debes recordar que hoy es nuestro primer aniversario de boda. No me mandes ningún trabajo.

—Sólo quiero que busques a Jonathan y le traigas inmediatamente.

Duke Devreux besó la mejilla de su mujer y fue en busca de su hermano Jonathan.

Dan Smith soltó una maldición para sus adentros. A ellos no les convenía que Jonathan estuviese allí, al lado de su padre, cuando llegase Farwell, ya que aquel condenado forastero podía estar preparado para el momento en que Jonathan tirase del revólver.

Se dio cuenta de que el dueño del valle le estaba mirando con ojos penetrantes. No le gustaba aquella forma de mirar de Rick Devreux. Era como si le taladrase en busca de sus más recónditos pensamientos. Al cabo de un rato, Duke llegó, acompañando a Jonathan, el cual no andaba en línea recta, sino haciendo eses.

—¿Qué quiere mi buen padre? —dijo, y al percatarse de que junto al viejo estaba su mujer, sonrió—. Caramba, Helen, me dijiste que no te levantarías de la cama.

—Sólo quise ver cómo bailaban —repuso Helen con voz débil.

Rick Devreux carraspeó.

—Siéntate al lado de tu mujer, Jonathan.

Jonathan frunció el entrecejo.

—Quiero divertirme, padre Y tú ya sabes que ella…

—¡Cállate!

Jonathan se interrumpió. Durante unos instantes, en el porche, reinó una atmósfera de tensión. Luego, Jonathan se echó a reír. Lo hizo suavemente.

—Ya que están las cosas así, es mejor que lo sepas de una vez, padre.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—He decidido divorciarme.

—¿Cómo?

—Me enteré de que uno puede divorciarse.

—Eso lo sé yo desde que me casé con tu madre Jonathan señaló a Helen.

—Reconocerás que no puedo seguir casado con una mujer que apenas se puede mover.

—¡Jonathan!

—Ha llegado la hora de cantar las verdades. Soy un hombre joven y fuerte, rebosante de salud… Nadie tiene derecho a exigir de mí que sacrifique mi vida.

Rick echó el torso adelante, las manos crispadas sobre los brazos del sillón.

—Ya oíste lo que dijo el doctor que llegó de la ciudad Helen sanará.

—¿Cuándo, padre?

—Quizá tarde dos años, o tres, o cinco, pero volverá a caminar. Y tú estarás esperándola.

—¡No! No, padre, te equivocas Yo no puedo esperar cuatro o cinco años. Además, has de saber que ya no la quiero.

Rick Devreux hizo una mueca.

—Eres mi hijo, Jonathan Y vas a obedecerme Yo no te obligué a que te casases con Helen Fuiste tú quien la elegiste. Has olvidado las palabras que recitó el pastor. Él te recordó que deberías estar unido a tu mujer en la felicidad y en la desgracia Tuviste la felicidad durante tres años y luego os llegó la desgracia. Seguiréis unidos. ¿Lo entiendes…? ¡Unidos! ¡Porque tú lo juraste, por Dios…!

Hubo otra pausa durante la que Jonathan hizo acopio de todo su coraje.

—No, padre. No voy a hacer tal cosa ¡Te he obedecido siempre! ¡Siempre…! ¡Pero ya he dejado de ser un borrego! ¡Mi vida sólo me importa a mí mismo! ¿Lo oyes? ¡Y tú no vas a mandar en ella!

—¡Jonathan! —rugió Devreux.

En aquel instante se oyó una fuerte galopada.

Jess Farwell desmontó de la silla, de un salto, al llegar ante el porche, pero los dos jinetes que le acompañaban permanecieron sobre las monturas.

El viejo apartó la mirada de Jonathan, deteniéndola en Jess Farwell.

—¿Dónde has estado, muchacho?

—Fui en busca de los dos agentes.

—Ya me lo habían advertido.

Farwell observó a Murdock y a Dan Smith.

—No sé lo que le habrán dicho, pero es falso Murdock apuntó a Jess con el dedo.

—Es él quien miente, Devreux. Sólo vino a Bluetown para hacer su negocio particular.

Dan Smith hizo una señal a Jonathan para que sacase el revólver. Si Jess Farwell hablaba un poco más, quedarían desenmascarados.

Jonathan comprendió lo que de él se esperaba y movió la mano hacia la culata del revólver.

Farwell oyó la voz de Jenny a sus espaldas:

—¡Cuidado, Jess!

Farwell se revolvió como una centella, a punto de ver cómo Jonathan desenfundaba el revólver. Saltó en el aire, lanzándose hacia la izquierda, y mientras caía sacó su pistola.

Se produjeron dos estampidos, pero una décima de segundo antes de que Jonathan pudiese hacer fuego, la bala que le enviaba Jess le golpeó en el hombro. Eso fue bastante para que el proyectil que salió de su «Colt» pasase muy por encima de la cabeza de Farwell.

Jonathan giró como una peonza y se desplomó en el suelo, soltando el arma.

Los músicos interrumpieron la pieza y los bailarines quedaron inmóviles, todos con la cabeza vuelta hacia el lugar donde se desarrollaba el drama.

Jonathan gimió en el suelo.

—¡Me ha matado, padre…! ¡Me ha matado!

Jess, desde el suelo, apuntó a Murdock y a Dan Smith, los cuales ya tenían las manos sobre las culatas.

—¡Desenfunden y les juro que les mataré sin pestañear! —advirtió.

Los dos compinches parecieron convertirse en piedra.

Los ojos de Devreux brillaban como cuentas de vidrio.

—Levántate, Jonathan —ordenó.

Jonathan se puso en pie, apretándose con la mano el agujero que tenía en el hombro.

—Me estoy desangrando, padre… Di que me curen…

—Te curarán cuando te haya escuchado. ¿Por qué has disparado contra Jess Farwell?

—Es un embustero… Te estaba engañando.

—Tú eres el mayor embustero de todos y nadie levantó el revólver contra ti. Engañaste a tu mujer y a Dios.

—No es lo mismo, padre —lloriqueó Jonathan.

—No; lo tuyo es mucho peor, Jonathan —dijo Devreux—. Te conozco bien, y tú nunca hubieses disparado contra Farwell, de no haber alguien detrás de ti… ¿Quién es, Jonathan?

Jonathan estaba sudando.

—¡Nadie, padre! —contestó casi con un ladrido—. ¡No hay nadie detrás de mí!

—Sigues mintiendo.

—¡Por lo que más quieras, padre…! —rogó Jonathan, desplomándose de rodillas—. Tengo la camisa empapada de sangre… Me voy a morir, ¿lo oyes…? ¡Me voy a morir!

—Es duro que un padre desee ver a su hijo muerto.

—¡Tú no puedes decir eso!

Helen, la mujer de Jonathan, hundió la barbilla en el pecho y se cubrió la cara con las dos manos.

Rick Devreux se levantó y bajó del porche.

Jonathan le vio acercarse y se le, abrazó a las piernas.

—¡Padre, tengo la bala en mi carne…! ¡Me estoy muriendo…!

Rick se agachó y le cogió por el cabello, alzándole la cara hacia arriba.

—Dilo, Jonathan. ¿Quién te pagó?

Jonathan estaba llorando. Las lágrimas le resbalaban de los ojos mezclándose con el sudor.

—Ellos dos… Murdock y Dan Smith Me ofrecieron cien dólares…

Murdock y Smith hicieron movimiento de sacar el revólver, pero otra vez quedaron quietos al ver que Jess Farwell estaba dispuesto a disparar.

Rick Devreux dejó caer la cabeza de su hijo.

—Anda, Duke. Llévate a tu hermano dentro y que le curen —miró a Jonathan que sollozaba—. Pero escúchame bien, Jonathan Una vez puedas cabalgar, te marcharás de aquí y jamás volverás hasta que estés arrepentido… Querías volar sólo Muy bien, ya

tienes alas Márchate cuando quieras.

Duke ayudó a su hermano, y juntos penetraron en la casa.

Helen movió su carro de inválida y corrió también hacia la casa, en seguimiento de su esposo.

Rick Devreux volvió la poderosa cabeza hacia Murdock y Dan Smith.

—Nunca fuisteis de mi agrado Cuando llegasteis a Bluetown, pensé que algún día os mataría.

—Le será muy fácil asesinarnos mientras Jess Farwell nos apunta con su revólver —dijo Smith, sarcástico.

La gruesa papada de Rick Devreux se estremeció.

—Nunca asesiné a nadie. Siempre he matado frente a frente y aún ahora, lo haré a pesar de mis sesenta y cinco años.

Dan rió.

—¿Cara a cara, Devreux?

—Sí —miró a Farwell—, pero me imagino que este muchacho también desea ajustar cuentas con vosotros. De modo que sois dos y nosotros también seremos dos.

Murdock y Smith cambiaron una mirada. No necesitaron pronunciar una sola palabra para ponerse de acuerdo. Ellos eran muy rápidos con la pistola y se iban a enfrentar contra un hombre viejo, caduco, que necesitaría casi un minuto para sacar el revólver. El único enemigo era Jess Farwell. Entre los dos darían cuenta de él, y tal como lo habían pensado, lo harían en presencia de los cultivadores de maíz.

Se oyó una fuerte galopada.

Rick Devreux gritó:

—¡Todos con los revólveres fuera, amigos!

Buster Evans fue el primero en desenfundar el «Colt» y fue secundado por todos los agricultores.

Los jinetes avanzaron hasta llegar al frente de la casa y allí se detuvieron. Ellos tenían ya las armas fuera, rifles y «Colt».

Rick Devreux dejó oír su voz sonora:

—Sois los hombres de Murdock y de Dan Smith, pero será mejor que enfundéis las armas Vamos a tener un duelo, y será completamente legal.

Los jinetes vieron las armas que les apuntaban y, a una señal del que estaba al frente, devolvieron las suyas a las fundas. Entonces,

Rick Devreux bajó del porche y dijo:

—Lo haremos en el entarimado que ha servido para que bailen.

Hombres y mujeres se desparramaron para dejar paso libre a los contendientes Jess Farwell continuaba con el revólver en la mano porque pensaba que Murdock o Smith podrían intentar un golpe de sorpresa.

Rick Devreux se puso en el lugar más alejado.

—Ven conmigo, Farwell.

Jess retrocedió hasta llegar a su altura.

Murdock y Smith ya ocupaban su sitio, justamente enfrente.

Se había hecho un silencio impresionante Jess Farwell hizo girar el revólver en su dedo índice y lo enfundó, dejando colgar los brazos inertes a lo largo de los costados.

—¿Cuál va a ser la señal? —preguntó Dan Smith.

Jess miró a Buster.

—Evans disparará el revólver. A partir de ese momento, podremos sacar.

—De acuerdo.

Jess Farwell miró a Rick Devreux.

—¿Listo, señor Devreux?

—Sí.

Buster Evans levantó el revólver al aire, el dedo sobre el gatillo.

Y entonces hizo fuego.

CAPÍTULO XV

Jess fue el primero en desenfundar… y el segundo fue Rick Devreux.

Sus revólveres vomitaron plomo.

Murdock y Dan Smith tenían ya el arma en la mano, pero ninguno de los dos llegó a hacer uso de ella.

Jess había disparado contra el hombre que tenía enfrente, Smith. Éste recibió el proyectil en la boca, y se desplomó hacia atrás como si una mano gigante le hubiese barrido del entarimado.

Murdock sintió que el aguijón se le clavaba en el pecho e instantáneamente dejó caer el «Colt».

Tosió un poco y por su boca escapó un chorro de sangre. Dio un traspié hacia delante y por último se derrumbó, golpeando la cara contra el piso de madera.

Rick Devreux contempló los cadáveres y echó a andar, subiendo otra vez al porche Todos le miraban. Se detuvo arriba y se dirigió a Farwell.

—Espero tu simiente, Jess.

—La tendrá, señor Devreux, lo mismo que todos los agricultores.

Devreux hizo un gesto afirmativo y entonces miró a, los hombres de Murdock.

—Llevaos sus cadáveres.

Cuatro hombres bajaron de los caballos y transportaron a Murdock y a Dan Smith hasta dejarlos depositados en las sillas. Luego montaron en silencio y el grupo empezó a alejarse de Valle Caliente.

Rick Devreux dio media vuelta y entró en la casa.

Buster Evans se acercó a Farwell y le puso una mano en el hombro.

—Gracias, Jess.

Farwell movió la cabeza y de pronto vio que Jenny Gilbert corría hacia el carro.

Fue tras ella rápidamente y la cogió por la cintura cuando se disponía a subir al pescante.

—¿Por qué me avisaste, Jenny?

Ella le, miró a los ojos.

—Sólo quería evitar que te matasen.

—Dan Smith nos interrumpió cuando te iba a decir algo.

—¿El qué?

—Que te quiero —la apretó contra sí y la besó en la boca.

Jenny al principio no hizo nada, pero luego le echó los brazos al cuello.

Cuando se separaron, él dijo:

—Vendrás conmigo a Iowa.

—Supe que iría contigo adonde me llevases.

Jess Farwell la besó otra vez. Había corrido muchos peligros, se dijo, pero Jenny compensaba todos los riesgos. Ella iba a ser la madre de sus hijos.

FIN